

25



División AZUL

TEMAS ESPAÑOLES

N.º 25

DIVISION AZUL

por

FERNANDO RAMOS

PUBLICACIONES ESPAÑOLAS

MONTE ESQUINZA, 6 - MADRID

1953

“ENTRE CALE Y CALE...”

El día 10 de febrero del 43 fué, sin disputa, el día que más “guerra” hubo en el sector de la División española a lo largo de los dos años bien corridos que estuve yo por aquellas tierras. Tras una preparación artillera que levantaba el campo en vilo, una nutrida formación de tanques pesados (el recién estrenado T-34, contra cuya coraza rebatían como pelotas los proyectiles perforantes de nuestras piezas anticarro) rompió irremediablemente la única línea defensiva de nuestro regimiento (el 262), abriendo en ella ancho boquete por el que, como agua impulsada a gran presión por una potente bomba, penetraban—oleada tras oleada, con absoluto desprecio del fuego intensísimo de flanqueo que les hacían nuestras armas automáticas—los batallones rusos. En cuestión de un par de horas, el dispositivo del regimiento estaba totalmente desarticulado. Resistían, es cierto, con bravura algunas pequeñas unidades; otras, tras romper el cerco, pugnaban por tomar contacto con alguna hipotética fuerza propia que cubriese una hipotética segunda línea; la artillería ligera, y aun alguna batería de calibre medio, desbordadas por el enemigo, se veían precisadas a agotar sus granadas haciendo un endiablado fuego rápido tirando a cero, para terminar inutilizando las piezas y luchando cuerpo a cuerpo. El puesto de mando del coronel había sido ocupado por los rusos, y el jefe, con sus ayudantes y enlaces, había tenido que abrirse paso a bombazos y tiros de pistola. Los carros soviéticos habían alcanzado el hospitalillo de Krasnij Bor, y uno de ellos, abriendo fuego sobre la única puerta del edificio, había conseguido impedir la evacuación de los heridos, dando lugar a su captura, sin la intervención (para la que el calificativo de heroica se

queda pequeña) de un cabo de Zapadores, que, provisto de una mina de las llamadas de plato, logró encaramarse en la parte trasera del artefacto y descargar sobre la torreta un violento golpe, precisamente con el mecanismo de percusión, con lo que el monstruo quedó aniquilado juntamente con su cazador. Poco después, y apenas terminada la evacuación del hospitalillo, entraba en el pueblo la Infantería soviética, y no habrían transcurrido ni tres horas cuando la casi totalidad del vecindario había sido fusilada por haber trabajado para nosotros, único medio que habían tenido durante aquellos meses de ganarse un plato de potaje, un trozo de pan y algún cigarrillo. Cosas de la guerra...

En resumen: dos de los tres batallones del regimiento, más la compañía de anti-tanques y un escuadrón que había llegado de refuerzo y tres o cuatro baterías, habían quedado aniquilados. El tercer batallón, que ni siquiera había sido atacado, tenía más de un cuarenta por ciento de bajas producidas por artillería, morteros y el famoso “organillo de Stalin”. Reinaaba el más absoluto desconcierto y, por ejemplo, en mi compañía, cuyo mando había quedado en manos de un sargento, nadie tenía ni la menor idea de la extensión de la ruptura, de la profundidad de la penetración ni de si el resto de la División habría sufrido ataques semejantes. Desconocíamos incluso si estábamos aislados o teníamos posibilidad de enlace con el mando del batallón, ya que las líneas telefónicas habían quedado inutilizadas con la tormenta artillera.

En tal estado de cosas se nos vino la noche encima, y con ella la casi seguridad de no ver amanecer otro día...

Pero aquella noche pasó algo extraordinario. El ingenio y la decisión de un

solo hombre bastaron para poner remedio a tantos males. La historia merece la pena de ser referida.

Cuando se desencadenó el ataque, el teniente coronel, que hasta hacia dos o tres días había sido segundo jefe del regimiento, se encontraba en "Villa Relevó", en espera de inminente repatriación. Dado que se trataba de un militar de gran prestigio ganado en África y en nuestra Guerra de Liberación, el general del Cuerpo de ejército le envió por radio la orden de volver a la línea para tomar el mando tan pronto como tuvo la noticia de la suerte corrida por la Plana Mayor del regimiento. A la primera llamada se puso en camino, olfateando, impaciente, la pólvora. Y cuando con las últimas luces del día, llegó nuestro hombre al punto más avanzado que le fué posible alcanzar, se encontró con la desagradable sorpresa de que el regimiento cuyo mando se disponía a asumir *no existía ya*.

En la llamada "carretera de palos" (pista militar pavimentada con troncos en una extensión de varios kilómetros) pudo reunir poco más de dos docenas de hombres que venían retirándose después de romper el cerco luchando al arma blanca, y yo no sé qué maña se dió que llegó a persuadirles del más gigantesco embuste, cual fué la afirmación rotunda de que a aquellas horas habían entrado en fuego fuerzas alemanas por el flanco derecho y refuerzos españoles por el izquierdo, con lo que la brecha estaba a punto de quedar cerrada. Confiados aquellos hombres en la palabra de su jefe, pronto habían organizado un servicio de seguridad en torno al improvisado puesto de mando que se instaló en una casucha al lado de la carretera. Al cabo de poco rato el teniente coronel contaba con una tropa de aluvión que sumaría los efectivos de una compañía, aunque sin mandos suficientes, con escasa munición y sin armas automáticas. Con tan exigua fuerza habría que hacer frente al amanecer al indudable intento enemigo de explotación del éxito inicial, impidiendo a toda costa la llegada de los rusos hasta la carretera, pues de producirse tal contratiempo toda la División española podría llegar a quedar

envuelta y la situación del Cuerpo de ejército sería bastante delicada.

Cavilaba él sobre el problema, que no era flojo, cuando uno de los centinelas del puesto de mando (tranquilo, el hombre, creyendo de buena fe encontrarse en segunda línea) avisó que por la carretera se aproximaba una fuerza, cosa de dos compañías, en columna de viaje y que por las voces no parecían españoles ni alemanes.

Pienso que al teniente coronel le habría dado igual que se tratase de dos compañías de diablos con rabo y todo capitaneadas por el mismísimo Pedro Botero. Lo esencial era que allí había dos compañías, que no eran enemigas, puesto que venían de retaguardia y formadas en columna de viaje, y que había que ingeniar para apoderarse de ellas y establecer la línea en el punto peligroso. Al momento se encaminó hacia aquella gente y ordenó que se les diese el alto. Detenida la columna y reconocida por la guardia, resultaron ser letones. El capitán que los mandaba hablaba un pésimo alemán que nuestro jefe simulaba no entender muy bien para tomarse el tiempo preciso para urdir un plan aceptable. Resultó que iban a dar protección a unas baterías alemanas cuya situación exacta afortunadamente desconocían (nosotros sabíamos que estaban a más de tres kilómetros del punto neurálgico) y que habían quedado al descubierto al romperse nuestra línea. Momentos después el teniente coronel español y el capitán letón examinaban un mapa dentro de la casa, a la luz de un cabo de vela, y tras minuciosa y difícil explicación quedaba este último "enterado de la verdadera situación de las baterías" y de la orden que tenía el primero de organizar la protección cubriendo determinados puntos, uno de los cuales era el que se iba a señalar a los letones. Veinte minutos después las dos compañías escamoteadas, reforzadas con un esquema de compañía medio reorganizada del regimiento español, entraban en línea, precisamente en el lugar por donde, sin duda alguna, habría de intentar el enemigo con mayor empeño reanudar su avance. Parece ser que durante el resto de la noche el

coronel de los letones y el general del Cuerpo de ejército debieron preguntarse unas cuantas docenas de veces si sería posible que la tierra se tragase cuatrocientos hombres sin dejar rastro.

Al amanecer, todo sucedió conforme estaba previsto. Se produjeron nuevos intentos de avance enemigo por el punto defendido por los "desaparecidos" letones. Resistieron éstos tenazmente, con cuantiosas bajas, pero sin ceder un palmo de terreno, y gracias a ellos fué posible frenar a los rusos el tiempo preciso para que pudieran llegar tanques e Infantería propios, que pronto pasaron de la defensiva al contraataque, en tanto que los Stukas machacaban las concentraciones soviéticas desarticulando totalmente su colossal dispositivo de ataque. La ofensiva rusa había quedado absolutamente paralizada gracias a la audaz truhanería de un hombre que fué capaz de escamotear limpiamente medio batallón como quien escamotea un naípe. El general Lindemann, jefe del Cuerpo de ejército, envió a nuestro teniente coronel un telegrama que era un elogio... y un palmetazo: "Apruebo totalmente—decía el mensaje—su acertada decisión al emplear fuerzas letonas en misión totalmente distinta de la ordenada por mí."

Terminaré con una anécdota que revela también la habilidad y la agudeza de este jefe. Dos días después del ataque, cuando ya empezaba a querer consolidarse la situación y la línea iba quedando restablecida, se presentó en el puesto de mando un oficial de enlace del Cuartel General del C. de E., portador de instrucciones del general. Entre ellas figuraba la de extender la línea hasta cierto bosquecillo señalado expresamente en el mapa, que a nuestro teniente coronel—perro viejo en lides guerreras—le dió mala espina. Sin embargo, él no podía poner en duda ante el alemán (que era, por cierto, un chozno del famoso Metternich) la afirmación del general de que aquel punto estaba ocupado por un batallón germano, pero pensó: "Bosquecitos a mí... Como no sean como las baterías que hice yo defender a los letones..." Y tomó una decisión sencillísima. El propio oficial alemán que había

explicado las instrucciones iría en el acto con una sección española a establecer contacto con la guarnición del punto indicado. Casi huelga decir que, al llegar al bosque en cuestión, con quien tomaron contacto fué con el enemigo. Hubo escaramuza, y en ella se portó bravamente el buen Metternich. Conducido herido al puesto de mando de nuestro jefe, fué atendido con la mayor solicitud, y, para que quedase constancia de lo ocurrido, aquel demonio de hombre formuló una propuesta de recompensa para el valiente oficial, en la que se hacía constar la circunstancia de que el combate se había producido "al encontrar ocupada por el enemigo la posición", etc., etc. Y es que, ya se sabe, "entre calé y calé..."

En el reducido espacio de estas páginas no es posible hacer una historia completa de lo que fué la División Azul. Además, el autor tiene que reconocer lealmente que de muchas cosas no podría dar razón más que a través de testimonios de segunda o tercera mano. Piensa, en efecto, amigo y problemático lector, que un triste sargento de Infantería no suele estar al corriente de los secretos de los Estados Mayores. Y, por otra parte, como una tan modestísima pieza del engranaje militar no puede ni debe permitirse enjuiciar el funcionamiento de la complicada máquina que constituye una Gran Unidad, creo que lo mejor será renunciar al empeño de meterme en camisa de once varas y contarte, lisa y llanamente, unas cuantas cosas vividas por mí, o acaecidas en mis inmediaciones, con las cuales obtengas una estampa de hombres y paisajes que te permitan formar idea aproximada de lo que fué, desde el punto de vista humano, aquella empresa, sublime para unos, descabellada para otros, y que tal vez para ti pueda alcanzar, después de la lectura de estas páginas, su justa proporción, que será, a mi entender, la que resulte de ver a los que participamos en la aventura, no como arcángeles, pero tampoco como mercenarios, sino simplemente como hombres de carne y hueso con todos nuestros vicios y todas nuestras virtudes.

RAPTO

Esta historia, aunque a primera vista puede parecer cosa de picaresca, y justo será reconocer que algo tienen de ello sus personajes, constituye una prueba de lo que fué aquel afán de ir a Rusia a toda costa, en que nos desatamos muchos de los que en el año 41 éramos más o menos jóvenes. Quiero contarla sin quitar ni poner nada y sin comentarios líricos ni charanga heroica.

Cuando en el cuartel del Infante Don Juan se estaba organizando el primer batallón del primer regimiento apareció en la compañía, en la que, por cierto, estaba yo de semana, un curioso individuo que, aun cuando nada tenía de chocante para visto por la calle, llamó la atención de todos por su aspecto, que contrastaba fuertemente con el de la mayor parte de los voluntarios agrupados en aquella compañía. Eran éstos, en su mayoría, estudiantes, empleados o dependientes de comercio "de lo fino"; y el sujeto a que me refiero era, ni más ni menos, un auténtico pardillo. Con su blusa, su boina y sus alpargatas, y una expresión entrañable y cazarra, parecía allí un ser de otro planeta. Su presencia fué acogida con muestras generales de simpatía, en las que tal vez se mezclaba algún ingrediente irónico. Presentado al capitán, y una vez que el sargento auxiliar le tomó la filiación, de la que resultó llamarse Emiliano, tener por oficio el de pastor y ser natural y vecino creo que de Majadahonda, quedó incorporado al pelotón "de mi digno mando".

En los pocos días que permanecimos aún en Madrid mi buen Emiliano llegó a ser uña y carne con un periodista, dos estudiantes de Medicina y uno de la Escuela de Caminos. Y era de ver lo ufano que salía con sus nuevos amigos, al toque de marcha, dispuesto siempre a la conquista de corazones femeninos y de nuevos grados alcohólicos.

Todo marchaba a las mil maravillas

hasta el día solemnísimo de nuestra partida. Pero aquel día ocurrió algo que me puso al borde de la meningitis. Cuando, formada la compañía, procedí a pasar lista, al nombrar al dichoso Emiliano contestó una voz que me era totalmente desconocida. Paseé la mirada por las filas y no descubrí al rústico voluntario. Iba a repetir el nombre, por si había habido algún error, cuando mi "tío Manolito" (un teniente que para poder ir a Rusia estaba camuflado de sargento) me sopló al oído:

—Por tu madre, no digas nada. En este momento eres sordo y ciego.

Renuncié, pues, a indagar lo que pudiera haber ocurrido a Emiliano, di la novedad de no haber ninguna y ocupé mi lugar en la formación.

Una vez en la estación, y entre aquella barahunda de padres, amigos, representaciones oficiales, lágrimas, canciones, puros y botellas, traté de averiguar algo interrogando nuevamente a "tío Manolito". Pero fué en vano. La única contestación que obtuve fué que él me respondía de que Emiliano estaba presente, aunque yo no le viese, y que, si me empeñaba en negarlo, como había más testigos, nadie me creería y tal vez acabasen recluyéndome en un manicomio. Análoga respuesta obtuve del teniente que mandaba la sección, el cual, de paso, aludió a que había observado en mí una peligrosa inclinación a la bebida.

Así siguieron las cosas hasta que el tren se puso en marcha. Como es natural, tenía yo muchas cosas que pensar y que sentir mientras iba viendo empequeñecerse y desdibujarse entre la masa humana los rostros de mis padres, para que en aquel momento fuese a ocuparme de un Emiliano más o menos. Pero cuando ya había transcurrido un buen rato, y todos, a fuerza de canciones, habíamos conseguido deshacer ese extraño nudo que se nos pone, no sé si en el esófago o en

la tráquea en las ocasiones solemnes, llamé con una voz estentórea al objeto de mis anteriores cavilaciones. Mi sorpresa fué todavía mayor que todas las anteriores cuando compareció ante mí un individuo totalmente desconocido hasta aquel momento, de aspecto inteligente y desvergonzado, que, a mis preguntas, no cesaba de replicar que allí no había más Emiliano que él, como podían atestiguarlo sus amigos Fulano, Zutano y Perengano, que eran, justamente, los de la pandilla con la que se reunía días atrás el desaparecido. Y, efectivamente, todos lo atestiguaron en medio de un sano regocijo que me quemaba la sangre y me producía amagos de congestión cerebral.

Reconociendo mis escasas dotes polifacéticas, renuncié por el momento a desentrañar el enigma, dejando que el tiempo me diese una solución convincente. Entretanto, aquel hombre atendía a todo por Emiliano y aun por el apellido, si bien es verdad que siempre en medio de la mayor algazara, desencadenándose oleadas de jolgorio en el vagón cada vez que se pronunciaba el nombre.

Fué en Hendaya, nada más pasar la frontera, cuando el "tío Manolito", cogido del brazo del misterioso personaje, se acercó a mí, después de aquella horrible ducha con que nos dió la bienvenida el III Reich alemán, y me presentó:

—Tío: tengo el gusto de presentarte a Perico Gil, oficialmente Emiliano hasta nueva orden.

Y después vino la explicación. El auténtico Emiliano había sido secuestrado, después de una cena con copiosas libaciones, y entregado a la custodia de ciertas damas, en cuya casa se le había despojado de uniforme y documentos, que habían pasado a poder del diabólico Perico, que, siendo teniente del Ejército en activo, no había obtenido autorización de su coronel para incorporarse a la División. Nos encontrábamos, pues, ante un delito de deserción, otro de secuestro y otro de suplantación de personalidad. Menos mal que los móviles no eran lucro, venganza ni ninguna otra zarandaja que hubiese podido empeorar más aún las cosas. Allí lo único que se ventilaba era el derecho

a perder el pellejo, como efectivamente acabó ocurriendo al bueno de Perico.

Pero no termina aquí la historia. Cuando llevábamos tres días en el campamento alemán de Graffenwöhr, paseaba yo una tarde por la carretera, pensando en muchas cosas que no son de este lugar, y que ninguna relación tienen con el contenido de esta puntual y verídica narración, cuando cáñate que aparece sudoroso y risueño el dichoso Emiliano. ¿Cómo había conseguido aquel auténtico pardillo, cuidador de cabras en la sierra de Guadarrama, dar con nuestro paradero a través de media Europa? Oigamos su propia explicación:

—Mire usted, mi sargento, la trastada que me han formado esos granujas. Aquella noche fuimos a cenar juntos, comimos y bebimos de todo lo que usted quiera pensar. Luego me llevaron por ahí... Y, a la que me desperté, me di cuenta de que estaba vestido de paisano y con una ropa que yo no había visto en mi vida. Aunque me dieron bien de desayunar, y no es que me trataran mal, yo me di cuenta de que allí pasaba algo raro, porque todo el mundo se empeñaba en llamarle Perico y no había quien les metiese en la cabeza que yo no soy Perico ni lo he sido nunca. Pero tanto porfiaron, que estuve tentado de creerme que yo era el que estaba loco y que si protestaba acabarían encerrándome. Por fin, cuando ya creían que yo había tragao la píldora, me eché a dormir con un ojo como las liebres, y en cuanto que pude me di la del humo. Pero, ya ve usted, cuando llegué al cuartel el batallón había salido ya. Entonces, como a mí se me había metido en la cabeza que no me quedaba sin ir a Rusia, me puse a cavilar, y lo primero que hice fué irme al Rastro para vender el traje, que era muy bueno, y comprar un mono o cualquier cosa con que taparme, pero para poder tener, siquiera, quince o veinte durillos. Y ya ve usted lo que son las cosas: se ve que en el mundo hay mucho granuja, porque en el Rastro encontré más de una docena de uniformes de los que daban en el cuartel del Infante, y eso me vino de perlas para aviarme. Como yo sabía que de Valladolid también salían

voluntarios, me fui a la estación, me enganché al correo de Irún, y de que llegué a Valladolid tuve la suerte de que había en la estación un batallón formado para embarcar. En cuanto empezaron a meterse en los vagones me metí yo también, y esta mañana nos han dejado en otro campamento que hay aquí cerca, que le dicen el Campamento Norte. Como dicen que preguntando se va a Roma, yo he preguntado por mi batallón a los españoles que he topado por la carretera, y aquí me tiene usted.

En aquel momento, cuando Emiliano creía haber llegado al desenlace de su aventura, era cuando empezaba la parte más fea del asunto. Había que ventilar quién se quedaba y quién se marchaba. Y aunque renuncio a describir con detalle la divertida escena que se produjo pocos minutos después, en la que dos hombres se disputaban un nombre y una personalidad, igual que dos chuchos callejeros se disputaban un hueso, no puedo dejar de aludir al terror pánico que me dominaba en aquel momento pensando en todas las posibles reacciones de mi capitán y mi comandante, cuando supiesen que yo había sido encubridor del ga-

tuperio. No menos de tres días tardó en saberse oficialmente quién era de verdad Emiliano y quién era de verdad Perico, porque todos los testigos estaban de acuerdo en que Perico se llamaba Emiliano y sólo el auténtico Emiliano daba fe de la superchería con argumentos tan elocuentes como "Si lo sabré yo" y "Desde que me parió mi madre", pero con una carencia tal de pruebas testificales y documentales que más de una vez pareció que iba a perder la partida definitivamente. Al fin, como, por fortuna, allí no había ningún magistrado ni ningún secretario de Sala, la cosa pudo ponerse en claro y, tan regocijados el capitán y el comandante como todos los demás testigos de la farsa, se arregló el asunto quedándose los dos en la compañía, pero cada uno con su nombre auténtico.

De Emiliano no he vuelto a saber nada sino que fué repatriado a su debido tiempo. A Perico, la última vez que le vi fué un año después, caído de brúces sobre su fusil ametrallador, con varios balazos en el pecho.

Su cadáver quedó abandonado en los bosques de la bolsa del Wolchoff.

ANTROPOFAGIA

Sería ya por el mes de noviembre del 41 cuando ya el frío y los parásitos empezaban a hacer de las suyas, es decir, cuando las congelaciones y las piodermitis producían más bajas que el fuego enemigo, bastante moderado y cortés, a decir verdad, en aquel sector del frente, y cuando, como consecuencia de todo ello y del aburrimiento reinante, algunos empezaban a flaquear.

Entre estos rácanos había uno particularmente notable, de cuyo nombre no quiero acordarme, y a quien convencionalmente llamaremos aquí Quinito. Era él uno de los hombres más escandalosamente feos y sucios que he conocido en mi vida.

Suma a cuanta fealdad, mugre y en-

trapajamiento quieras imaginar una tos persistente, como de perro atragantado, y una miopía complicada con la inflamación de párpados y conjuntiva producida por el humo de la chabola y la ventisca, y tendrás una idea aproximada de la triste figura física del sujeto de esta narración.

Y como nunca mejor que en este caso pudo decirse ser la cara espejo del alma, puedes ya sacar las consecuencias psicológicas que te acomoden.

Con todo, tenía una particularidad el bueno de Quinito que no parecía encajar con ninguno de los rasgos del boceto que acabamos de diseñar: su sentimentalismo. Pasábase, en efecto, el hombre horas enteras alternando golpes de tos con

ternísimos suspiros; haciansele torrentes los ojos a la hora del correo; durante largos ratos permanecía lánguidamente tumbado sobre la paja de la litera, entre sollozos y ademanes estrambóticos. Tanto es así que llegó a hacer fortuna la frase de que "Quinito era una especie de Margarita Gautier en feo". Nada hacía sospechar que la ruina definitiva de su enteca salud fuese a producirse como consecuencia de la antropofagia. Y, sin embargo, así fué, y no de otra manera.

Es lo cierto que sus suspiros y lágrimas, reveladoras a primera vista de un espíritu extremadamente delicado, encubrían una de las naturalezas más glotonas y egoistas que imaginarse puedan. Y ahí estuvo su perdición.

Ocupábamos entonces una posición aislada, en la que, a lo largo de cerca de 200 metros de trinchera, se escalonaban tres mechinales con honores de chabola cuya capacidad total, calculada por el Instituto de la Vivienda, no excedería de un hombre con sus correspondientes parásitos en cada uno de los aposentos.

Pero, como la guerra es así, no sé por qué misteriosa excepción a ese principio de la impenetrabilidad de la materia, habíamos conseguido acomodarnos en ellos hasta once hombres. El paisaje era una llanura interrumpida tan sólo por un pequeño cementerio, a nuestra espalda, y unos cuantos pajaros, a nuestro frente, muy lejos, ya en campo enemigo. Por todas esas cosas de la visibilidad y la vulnerabilidad, no funcionaban las cocinas de campaña y se nos entregaba el suministro crudo para que cada grupo lo cocinase como Dios, o todos los diablos, nos diesen a entender.

En nuestro grupo, la más espaciosa de las chabolas, que era, por otra parte, la única que disponía de una mediana estufa, servía de comedor y cocina, y en ella, de ordinario, liado en dos o tres mantas, tosiendo y suspirando según su costumbre, oficiaba de pinche nuestro amigo Quinito. Bien es verdad que no sabía partir la leña, ni muchos menos encender la estufa, pero en cambio sabía pelar las patatas tan someramente que no sólo no se desperdiciaba la más míni-

ma porción de hidratos de carbono, sino que aún era posible que una buena parte del tejido suberoso, con su correspondiente arcilla adherida, pasase a nuestros estómagos, constituyendo un plus alimenticio con el que ni la Intendencia ni la Sanidad habían contado al calcular las raciones.

Como allí se hacía una sola comida, y ésta constaba de un solo plato, pues para evitar quebraderos de cabeza nuestra técnica culinaria se reducía a la cocción por junto de todo el suministro recibido (con frecuencia caían en el cubo patatas, queso, sardinas y carne para constituir el más raro manjar que imaginarse pueda); en poco tiempo despachábamos nuestra colación y quedamos listos para emprender otra el día que se hubiese producido el milagro de una segunda visita del furriel.

Pero los rusos, cumpliendo fielmente el papel de enemigo, solían importunarnos cuando ya estaba todo listo para la cena (que cena era aquella nuestra única refacción) soltando alguna patrulla de reconocimiento que, aunque no solía hacernos daño mayor, pues su misión se limitaba a acercarse a la orilla del río que corría (por debajo del hielo) separando el campo de los "buenos" del campo de los "malos", tenía la virtud de obligarnos a escuchar el desagradable sonido del aparato de alarma, consistente en un racimo de latas con pedazos de hierro dentro, colgado del techo de la chabola-cocina.

En aquellos momentos, cuando el estómago estaba planteándonos, a voces, sus justísimas reivindicaciones, incitado por el apetitoso aroma que desprendía nuestro renegrido cubo, había que renunciar al epicúreo placer que tan exquisitos manjares nos anunciaba. Era cosa de medio minuto dedicado a ajustarse el correaje, pegarse algún cabezazo con el vecino, dadas las deficiencias de lumino-tecnia, sentir sobre el dedo meñique de un pie el tacón de la bota de otro, proferir los tacos correspondientes, dar unos cuantos empujones y lanzarse con la mejor disposición de ánimo a cubrirse de gloria, pensando en que después de la gloria llegarían las tajadas.

Pero aquí estaba el fallo: nunca pasaba nada, y cuando, tras esfumarse todos los proyectos heroicos, volvíamos a la chabola, las tajadas se habían esfumado también, no quedando más testimonio de ellas que algún hueso mal mondado y alguna ternilla huérfana.

Muchos días tardamos en averiguar que el verdadero culpable del desaguisado era el sentimental y romántico Quinito. Pero no creo que Aníbal pusiese más fuego en sus palabras cuando juró odio eterno a Roma que mi amigo Perico, descubridor del entuerto, cuando me aseguró solemnemente:

—Por la gloria de Cotón, que a este tío hay que arreglarle.

¡Y vaya si le arreglamos! A los pocos días había estado Perico pasando una tarde no sé dónde, fuera de la posición, cuando a su regreso, y estando todos convenidos en la treta menos el infeliz glotón, nos colocó una historia fabulosa, según la cual acababa él de ver por sus propios ojos las instalaciones del Servicio Central de Carnización del Cuerpo de Ejército, en el día la técnica germanica había conseguido nada menos que convertir en filetes y embutidos perfectamente asépticos los cadáveres de los prisioneros rusos que sin haber padecido enfermedad infecciosa morían en los campos de concentración y en los hospitales.

Hicimos todos mil aspavientos y finjimos aceptar con horrorizado convencimiento la canibalesca realidad de la historieta. Y como no podía ser por menos, pronto intervino Quinito, cubriendo la cara con sus guerrísimas manos y protestando entre prolongados gimoteos y toses convulsivas.

—Pero eso... es monstruoso... y, además, yo creo que es un sacrilegio.

Replicó el autor de la historia, con el mayor aplomo:

—¿Sacrilegio de qué?

—¿De qué ha de ser?—volvió a escandalizarse Quinito—. Comer carne de cristiano.

Y aquí llegó lo más gordo. Perico crraspeó y con el aire doctoral más acabado, algo como para hacer amarillear

de envidia a cualquier Rector Magnífico, expuso lo siguiente:

—Mira, niño: se ve que tú no has saludado la Historia ni por el forro. Si no, sabrías, igual que lo sé yo, que con ocasión de la undécima Cruzada el Papa Paulo décimonono dió una bula en la que autorizaba a los Cruzados *propter necessitatem magnam, al carnem infidelium sarracenum manducandam*. Ya ves que el caso es totalmente análogo: ésta es una guerra santa y ellos son los infieles. ¡Así que vengan tajadas y a no preocuparse más!

Parece ser que Quinito, o bien por falta de obediencia a Roma, o por exceso de delicadeza en el paladar, no hizo gran caso de Paulo décimonono ni de su bula, y aquella noche fué para él de Viernes de Cuaresma.

Al día siguiente, y para cerrar, como se decía en los tiempos dichosos de las levitas, con broche de oro la fechoría, encargamos a nuestro héroe la preparación del guisado de patatas con carne que, como de costumbre, iba a constituir la pieza maestra de nuestra cena. Pero alguien había organizado en la caja de munición donde se guardaba el suministro, unas curiosas diligencias previas de las que resultó que un trozo de asadura, probablemente de caballo, que formaba parte de la ración de proteínas que para aquel día nos había deparado la madre Intendencia, viñiese adherido nada menos que a medio cráneo humano con notable desprecio de la más elemental anatomía, pero con suficiente apariencia de realidad para que aquel pobre hombre tragase íntegramente el diabólico anzuelo.

Todo ocurrió en pocos segundos: abrir la caja, extraer la rara pieza anatómica, exhalar un gemido y lanzarse a la trinchería con tal velocidad y decisión que, de momento, todos admitimos la posibilidad de una tentativa de suicidio y, finalmente, desencadenar una tormenta de arcadas y estertores fácilmente audible en varias leguas a la redonda, que nos dejó a todos completamente seguros, tanto de que el pobre diablo no pretendía suicidarse como de que la justicia había quedado definitivamente cumplida.

Posteriormente llegó a discutirse entre nosotros sobre si en el interior de aquel cuerpo canijo y tembloroso que habíamos recogido y acostado en espera de la llegada del médico quedaría aún algún fragmento, por insignificante que fuese, de alguna de sus miserables visceras. El caso

es que el pobre Quinito hubo de ser evacuado y hospitalizado, tardando muchos días en reintegrarse a nuestra agradable compañía, y que todo ello fué por causa, como dije al principio, del repugnante vicio de la antropofagia.

UNO DEL TERCIO VIEJO

Por pocos hombres he sentido más simpatía que por aquel desecho de la Humanidad, gordo, viejo y cubierto de tatuajes, que, a pesar de lo irregular y hasta si se quiere reprobable de muchos aspectos de su vida, tenía virtudes ocultas bajo una capa de borracho pendenciero y un tanto blasfemo, como no he encontrado en hombres mejor formados y tenidos, generalmente, incluso como modelo.

Su historia era la de tantos: hospiciano, descuidero a la manera de Rinconete y Cortadillo en las plazas y mercados de todas las capitales andaluzas, y un buen día, el primer cartel anunciando todas las posibilidades que le brindaba la recién nacida Legión..., y ¡a África! Varias veces cabo y sargento; otras tantas degradado, casi siempre por su devoción a Baco, que le llevaba, según decía él mismo, "a hacer algunas cosillas raras", y, cubierta ya de canas su cabeza, y otra vez en posesión de los galones de sargento, a Rusia. Allí se le conocía por su apodo legionario *el Chivani*, y, a pesar de las profundas diferencias que había entre nosotros, llegamos a ser grandes amigos. Pocas veces he visto un hombre capaz de dar a la palabra "amistad" un sentido tan profundo. No eran sólo los ratos de charla en la chabola o en una marcha en los que él me contaba cómo había puesto rojo a bofetadas, a pesar de lo negro de su piel, al príncipe de Abisinia cuando estuvo de legionario allá por el año veintitentos, creyéndose que era uno de tantos cuentistas como llegaban al Tercio diciendo haber vendido el coche de papá, cuando la realidad era que en su vida habían probado manjar más exquisito que los jureles en blanco; no era sólo su habilidad para olfatear a

largas distancias el rastro de una botella de coñac o de un paquete de tabaco. Era el no tener nada suyo, si bien tampoco reconocía derecho alguno de propiedad a ninguno de sus amigos sobre cuanto tabaco, pan o bebida guardásemos en nuestros macutos. Era también el estar dispuesto siempre a prolongar su servicio una hora, o más, si a mí o a quien hubiera de relevarle nos sorprendía escribiendo una carta. Eran mil detalles de generosidad y aun de delicadeza que difícilmente podrían explicarse en un hombre de su origen y, sobre todo, que hablase de aquella manera que a mí mismo, después de cuarenta meses de milicia, llegaba a hacerme enrojecer.

Como detalle pintoresco citaré lo que le ocurría cuando, invitado en mi chabola, abusaba, como era lo habitual, del coñac o del vodka negro. Cuando llegaba el momento de retirarse, empezaba a abrazar y besar efusivamente en las mejillas a todos los presentes y, después de unas frases de gratitud por el convite, se detenia en la puerta para despedirse siempre con las mismas palabras:

—Vaya, pues con Dios, y perdonarme si a alguno no le he besado, que con esta luz no veo ni lo que hago y, además, ya tengo prisa. Y si a alguno le he besado dos veces, que bese al que se haya quedado en ayunas.

Pero donde verdaderamente terminó de revelarse lo que había debajo de aquella capa de chocarrería y brutalidad fué al llegar la hora de la verdad. Es decir, la de la muerte.

Fué un día tranquilo, y el buen *Chivani*, a quien la estrechez de la trinchera resultaba excesivamente opresiva, pues dada

su gordura no había manera de cruzarse con él sin hacer maniobra hasta la puerta de cualquier chabola o nido de ametralladora, recorría la línea paseando sobre el parapeto, resoplando, pues se fatigaba en cuanto andaba más de veinte pasos, e iniciando alguna vez una canción que nunca terminaba: "Qué valiente soy, a la guerra voy...".

Un antitanque ruso hizo tres o cuatro disparos, y uno de los proyectiles acertó de lleno en el estómago al viejo legionario.

Pero no explotó. *El Chivani* cayó a la trinchera, sangrando a mares, y soltando (no podía por menos) un estentóreo juramento. Los que acudieron no se atrevían a tocarle. Temían que cualquier movimiento produjese la explosión del artefacto. Y, entre tanto, el hombre se desangraba y debía padecer horriblemente.

Llegó, por fin, un amigo mío, a quien debo el conocimiento de todos estos detalles, y enterado de lo que ocurría ordenó a todos que volviesen a sus puestos, y se dispuso a hacerse cargo del herido, practicándole, por lo menos, esa primera cura de urgencia que consiste en taponar con vendas, algodones o trozos de camisa las heridas en las que hay mucha hemorragia. Pero el herido no consintió, por temor también a que explotase el proyectil.

—Mira—decía el pobre hombre—: *el Chivani* se muere; esto está visto y no tiene arreglo. Pero tú eres amigo mío, y como a mí me hace mucha falta que Dios me perdone, porque las he hecho muy gordas, ahora tengo que rezar. Ya se me ha olvidado cómo se reza, pero tú me vas a enseñar lo que haga más falta.

Durante unos momentos mi amigo le habló de la generosidad de Dios y de que,

por muchas cosas malas que el pobrecito *Chivani* hubiese hecho, ni eran suficientes para que Dios fuese incapaz de perdonarle, ni de todas ellas tenía él toda la culpa. Despues le hizo rezar el Credo, porquito a poco, como a los niños de la escuela; le enseñó a hacer un acto de contrición y rezó en voz alta, para que él se uniese con el pensamiento, la Salve.

Ya se le trababa la lengua al pobrecito *Chivani*. Pero aún fué capaz de hablar algo más:

—Tú tienes un escapulario de la Virgen. Pómeme.

Cuando ya le tuvo puesto, cogiendo con fuerza la mano de mi amigo, volvió a hablar.

—Tienes razón; Dios es muy grande. ¡Mira que perdonar al *Chivani*!

Pareció que todo había terminado. Pero aquel hombre era un roble, y a los pocos minutos volvió a hablar, con más fuerza y más aplomo que nunca:

—Oye; tú tienes un libro de misa. Ahí habrá esas oraciones que se les rezan a los que se están muriendo. Vete por el libro y léeme esas oraciones, porque esto se acaba.

En cuatro zancadas volvió mi amigo por su libro y empezó a leer la Recomendación del alma, haciendo de tripas corazón porque la cosa era fuerte. Poco faltaba para terminar, cuando volvió a hablar el herido:

—Bueno, ya terminarás tú solo cuando yo haya acabado. Dame la mano. Muchas gracias. Te has portado como un hombre. Dios te lo premiará y yo me acordaré de ti cuando llegue allá arriba. Que tengas mucha suerte.

Y así acabó el pobrecito *Chivani*.

MEDICINA DE CIRCUNSTANCIAS

Un día caluroso (que en Rusia también aprieta el calor de vez en cuando) y aburrido del mes de agosto del 42 subía yo por la carretera que va de Nowgorod a no sé dónde (puesto que los rusos, obstinadamente atravesados pocos kilómetros más allá, se encargaron de no dejarme sa-

ber nunca adónde iba aquella carretera), cuando, al llegar a un pueblo cuyo nombre no interesa porque pocas luces puede arrojar sobre este relato, me salieron al paso dos buenos amigos, sargento auxiliar uno y escribiente otro de una compañía cuya posición se encontraba próxima,

y me rogaron con insistencia que me quedase un rato en su casa, pues tenía que hacerles un gran favor.

Conocía yo la casa y la familia. Tanto, que los dos niños de la patrona solían salirme al encuentro cuando pasaba por el pueblo para pedirme mi ración de caramelos, que yo jamás les negaba. Tal vez al lector español le extrañe oír hablar de "ración de caramelos", pero yo no tengo la culpa de que la Intendencia alemana, pensando que no todos los hombres han de ser fumadores, y conociendo la imposibilidad de establecer un censo exacto, suministrase a todos los hombres de su Ejército un paquete de cigarrillos y otro de caramelos. Verdaderamente no lo he entendido nunca, pero como, a pesar de la derrota, sigo convencido de que aquél era un gran Ejército, he de pensar que realmente será conveniente que el soldado pueda tener de vez en cuando la boca ocupada para la buena marcha de la máquina militar.

Sea de ello lo que quiera, el hecho es que aquel día no habían salido a esperarme los *malenkis*, lo cual me extrañó, y que cuando llegué a la casa se notaba en ella un ambiente desusado de pesadumbre y (emplearé la palabra de moda) angustia. Nada más llegar, José Luis, el escribiente, me cogió de un brazo y diciéndome con voz misteriosa: "Si tú no nos salvas, estamos perdidos", me introdujo a remolque en una habitación interior.

Era una pieza pequeña, obscura y maloliente. Ocupaba el lugar preferente algo que con mucho optimismo pudieramos calificar de cama. En ella, cubierto por mantas mugrientas y deshilachadas, había un niño de unos ocho años. A su cabecera, la madre, cruzada de brazos, presentaba un aspecto realmente impresionante. Yo conocía a aquel niño, a quien había dado muchos caramelos, y a aquella madre, que muchas veces había acudido a quitármelos de encima. Indudablemente, estaba enfermo el pequeño, y la madre no sabía qué hacer con él. Entonces todavía no tenía yo hijos y no acababa de entender bien estas cosas.

José Luis se adelantó, y en un chapurreando que contenía vocablos españoles y

rusos a partes iguales, con algunas gotas de alemán, explicó, el muy embustero, a la atribulada mujer que yo era médico y un gran médico, y que no había que preocuparse ya de nada estando yo allí. Calcule el lector la impresión que aquel embuste me causaría, cuando es lo cierto que no he pasado de tomar el pulso, aplicar el termómetro y poner alguna que otra inyección. Pero, con todo, pensando más en reanimar a la madre que en la posibilidad de hacer algo por el hijo, formé el propósito de desempeñar mi papel de médico lo mejor que me fuese posible.

Trabajo me costó desembarazarme de la buena mujer, que, al oír las palabras de mi amigo, se había abalanzado hacia mí y, literalmente hecha un guíñapo a mis pies, regaba con lágrimas mis botas y pantalones, mientras me decía con voz entrecortada una serie de cosas absolutamente incomprensibles, dado mi escaso conocimiento del idioma ruso.

Me acerqué a la cama, tomé el pulso al chico, encontrándole extraordinariamente acelerado; le toqué la frente, que ardía, y comprendiendo no ser suficiente un reconocimiento tan somero para cubrir las apariencias, simulé, aplicando mi oído a su pecho, tratar de averiguar algo sobre el estado del corazón y pulmones, y procedí a palpar y permitir con grave empaque el timpanizado vientre del paciente haciéndole exhalar no pocos gemidos. Después, utilizando al José Luis como intérprete, me hice explicar la historia del caso que tenía en mis manos. En resumen: hacía tres o cuatro días que el pequeño tenía fiebre alta y no dormía ni obraba. Con esto y los supuestos datos que de mi supuesto reconocimiento hubiera podido obtener, tenía que arreglarme para salir adelante. Pensé que lo cuerdo habría sido llamar a un médico, pero inmediatamente se me informó de que el más próximo, que era el de un batallón de las S. S., no había podido acudir cuando se le llamó. En otros no había ni que pensar, porque lógicamente no podían abandonar los puestos de socorro para acudir a cuidar a un enfermo en un pueblo distante. Ante tal estado de cosas hice lo único que se me ocurrió en aquel momento: encomendarme a la Divi-

na providencia y tirar por la calle de en medio. Efectivamente, iba a hacer yo de médico, deseando de todo corazón no limitarme a representar una farsa.

Paseando mi vista, ya habituada a la penumbra, por las paredes de la misera habitación, descubrí dos iconos, sucios y cubiertos de una venerable pátina de humo y años. Uno de ellos representaba a Nuestro Señor en actitud de bendecir. El otro era la conocida figura de la Virgen del Perpetuo Socorro. Tuve aquel encuentro por buen agüero, y, cogiendo de la mano a la madre del enfermo, la hice contemplar aquellas dos figuras, mientras me esforzaba en darla a entender, en nuestro dialecto anfibio, que debía rezar mientras yo me encaminaba a buscar las medicinas necesarias.

No pocas dificultades encontré para conseguirlo. En aquella rara amalgama poliglota no encontraba las palabras adecuadas para abordar el tema, y sólo después de muchos rodeos logré que se diese cuenta de que lo importante era que ella hablase con los dos personajes representados en aquellas pinturas y cuya identidad no parecía conocer con demasiada exactitud (una vez más pude darme cuenta de que los rusos de menos de cuarenta años vivían en la más total indiferencia religiosa) y las pidiera la salud de su hijo. Aun sin comprender del todo lo que significaba mi extraña pretensión, quedó la mujer hablando en voz baja ante los iconos mientras yo me lanzaba otra vez a la carretera en busca de los remedios que mi escasa ciencia me hacía suponer convenientes para el caso.

Si bien al principio tuve la sensación de que se me venía encima una catástrofe irreparable, pronto empecé a coordinar ideas y admitir dos posibilidades: la primera, el tifus, del que ya se habían presentado casos; la segunda, un vulgarísimo empacho que por la poca edad del paciente había originado una fiebre más alta de la que habría producido en un adulto. En cualquiera de los dos casos yo no tenía un repertorio de soluciones demasiado amplio, pues no contaba con más farmacia que la mochila del prácticante de mi sección, en cuya busca caminaba en aquel

momento. En todo caso, era igual. Yo tenía una experiencia con arreglo a la cual todo podía esperarse mientras la madre del enfermo continuase rezando. Dos veces condenado a muerte, en el Madrid rojo, y luego, en Rusia, abandonado otra en una retirada, víctima de un ataque al corazón, enterrado vivo por una explosión de artillería otra vez, yo me había visto en media docena de ocasiones mucho más cerca de la muerte que de la vida y sin medios propios de defensa. Pero yo sabía que, en todas las épocas difíciles de mi vida, la de mi madre había sido una oración continua, y el resultado era que en aquel momento yo andaba tan sano y tan tieso por la polvorienta carretera, silbándome de vez en cuando las balas sobre la cabeza, pero seguro de que todo aquello tenía un remedio bien sencillo mientras alguien siguiera pidiendo por mí.

Dejé a poco rato la carretera para internarme por un camino secundario, bordeado de espesa vegetación, que si no cubría del fuego sí preservaba de las vistas del enemigo, y al poco tiempo me vi internado en el bosque por el que habría de caminar aún cerca de una legua hasta llegar a la posición cuyo practicante debía suministrarme los medicamentos precisos.

Encontrándome algo fatigado, decidí tomarme unos minutos de descanso para echar un cigarro y pensar con calma las medicinas que podría necesitar. Y durante aquel tiempo que permanecí sentado en un tocón, sacudiéndome los mosquitos, que son una de las peores plagas del verano ruso, recibí una nueva muestra de que las cosas no iban a marchar mal. En efecto, el practicante en cuya busca iba yo había tenido, por lo visto, que salir aquel día de la posición y, a su regreso, me alcanzó, viniéndome su llegada como pedrada en ojo de boticario, ya que, además de ahorrarme dos leguas de paseo, la primera noticia que escuché de su boca fué la de que venía de reponer el botiquín. Tendría, pues, todo lo que yo necesitaba.

Ruego a cualquier posible lector médico no me lleve a los tribunales por intrusismo o por imprudencia temeraria. Prometo no volver a hacer en mi vida lo que hice entonces, a no ser que vuelva a ver-

me en circunstancias semejantes. Y lo que hice fué proveerme de luminal, piramidón y un purgante, que, si no recuerdo mal, fué sulfato magnésico (y si no fué ése fué otra purga salina, por no haber encontrado ricino en el bagaje de mi amigo), y con todo ello regresé precipitadamente a casa del enfermo.

Al llegar allí vi que la madre seguía rezando, a pesar de que habían transcurrido cerca de dos horas desde mi partida, y con ello tuve por seguro que el asunto estaba ventilado favorablemente. Puse en seguida manos a la obra, y (Esculapio me perdone) ésta consistió en propinarle al angelito una tableta de luminal, otra de piramidón y una dosis de la purga sin dejar transcurrir ni un minuto entre la primera y la última pócima. Luego, con unos puñados de salvado caliente y un lienzo que me dió la madre, le apliqué una especie de cataplasma en el vientre, como había visto hacer de pequeño cuando quería mi madre que una purga me hiciese efecto rápidamente. El menos versado en Medicina comprenderá que allí se estaba ventilando de un modo bárbaro la suerte del peritoneo del angelito y con ella todo lo demás.

Terminada la faena, pedí agua para lavarme las manos, práctica no muy habitual en mí por aquel entonces, pero necesaria para dar la sensación de médico de verdad. Despues volví a empujar a la mujer ante los iconos y me salí de la habitación. Era hora de cenar, y mis amigos, después de haber contemplado un tanto asustados la barbaridad, o, mejor dicho, la serie de barbaridades que acababa de cometer, quisieron que me quedase a compartir su pan y su potaje, creo que por si había alguna averiguación de responsabilidades por parte de la autoridad, pues estoy ciertísimo de que ninguno de ellos esperaba un final venturoso.

Ninguno de los tres hicimos gala de excesivo apetito. Sentíamos como propia la tragedia que amenazaba descargar sobre aquella familia.

Mientras tanto, arropado con las mantas de mis compañeros, en un rincón del cuarto dormía apaciblemente el hermani-

to del enfermo. Casi no hablábamos. Nos limitábamos a fumar, lanzar en voz baja alguna exclamación como "¡Pobre gente!" o "¡Sea lo que Dios quiera!", y parecíamos obstinados en descubrir alguna sorpresa en la lucecita del cabo de vela que agonizaba sobre la mesa. De vez en cuando, José Luis se levantaba y asomaba la cabeza a la habitación del enfermo. Luego volvía a sentarse con nosotros y nos daba las novedades. Siempre eran las mismas. La madre seguía rezando y el chico delirando.

Tal vez fué sólo un cuarto de hora, acaso llegó a media hora o más, pero aquel rato se nos hizo inacabable. Por fin, una de las veces José Luis, llamado, sin duda, por la madre del pequeño, entró en la habitación, cerrando tras sí la puerta. Ninguno de los dos nos atrevimos a seguirle. ¿Habrá llegado ya el desenlace? Pronto nos tranquilizamos al ver salir a nuestro amigo, en cuyo rostro podía leerse una gran satisfacción. El muchacho dormía apaciblemente. Quedamos algo más tranquilos y salimos a pasear a la carretera en espera de más noticias.

Al poco rato, asomó la madre a la puerta de la casa. Dijo unas cuantas cosas que no comprendí, pero por el tono de su voz deduje que eran buenas noticias. Al fin entendí claramente la palabra *gafnó*, que no me atrevo a traducir por su significado harto maloliente. La purga hacía su efecto.

Ya cerca del amanecer me atreví a entrar en la habitación y pude comprobar que la fiebre había descendido considerablemente. Como mis obligaciones me reclamaban en la posición, di mis instrucciones sobre el empleo de los medicamentos, volví a insistir una y otra vez en que lo verdaderamente importante era que la mujer siguiese rezando y, cogiendo mis bártulos, abandoné el pueblo.

Cuatro días después pasé nuevamente por la casa de mis amigos. Como siempre, dos rapaces sucios y despeinados me dieron la bienvenida de su petición de caramelos. Nunca la había atendido con tanta alegría. Pasé un momento a visitar a la madre, la cual, después de cubrir

mis manos de besos, me hizo pasar a su habitación.

Allí, con un ademán cordial, señaló a la pared en que pendían los iconos. Estaban limpios, y al pie de ellos, en una repisa adornada con un mantelillo de papel de periódico recortado, en una lata de conservas de Calahorra, había un ramo de narcisos y campánulas.

No he vuelto a saber de aquella familia. Tal vez hoy tenga a su disposición médico y farmacia. Pero no puedo dejar de pensar en si los iconos continuarán adornándose con las flores del bosque, como entonces, o si habrán vuelto a quedar cubiertos de humo y de polvo, como el día que yo los vi por primera vez.

PENETRACION FILOGOGICA

Aunque no soy historiador, muchas veces he matado ratos de ocio leyendo narraciones de la época de nuestros conquistadores, y he de reconocer que algunas cosas no me resultaban del todo comprensibles. En este sentido, mi experiencia de dos años muy corridos guerrreando en tierras lejanas y conviviendo con sus pobladores me ha sido provechosa y me ha dado la clave de muchos de aquellos enigmas. Uno de ellos era el de los nombres de pueblos, lugares, plantas y animales, tal como se encuentran en Cabeza de Vaca, en Fernández de Oviedo o en cualquier otro autor de los que, conociéndolos de primera mano, nos los transcriben en sus crónicas. Siempre me extrañaba al ver cómo aquellos nombres tomados de idiomas que nada pueden tener de común con el nuestro sonaban realmente, en muchos casos, a cosa familiar. Actualmente he llegado a comprender cómo pueden palabras de unos idiomas injertarse en otros como ramas de una planta en patrones de una especie distinta.

Por lo que pueda tener de curioso o pintoresco, voy a citar aquí un pequeño muestrario de estas particularidades de filología popular castrense, que creo serán análogas a las que debieron surgir con ocasión de la penetración española entre los indios americanos.

Cuando cruzamos Polonia (mes y píco de marcha a pie con frecuentes paradas en aldeas y caseríos) comenzó nuestra experiencia lingüística. Y fué dura, puesto que entre nosotros había algunos

capaces de hacerse entender en alemán, muy pocos conocedores del ruso, pero lo que no podía conseguirse era encontrar uno solo que tuviese la menor idea del idioma polaco. Sin embargo, pronto fuimos todos capaces de chapurrear media docena de palabras. Por lo pronto, como en la vida castrense, más o menos de boquilla, cada hombre ha de ser un Don Juan, la palabra *pañenca* sustituyó en nuestro léxico el vocablo *froila*, que era la adaptación que habíamos hecho de *fraülein*, nuestra primera adquisición idiomática en tierras de Alemania. Aprendimos también que un *cura* ya no era un sacerdote, sino un medio de satisfacer el apetito, puesto que así suena, por lo menos, el nombre de la oca en idioma polaco. Esto dió luego origen, cuando llegamos a Rusia, a una nueva diablura filológica. Puesto que en ruso la gallina se llama *curisa* nuestra gente llegó a distinguir entre *curas*, que eran los patos, gansos, etc., y *curillas*, que eran las gallinas, pollos y gallos.

Con la palabra *pañenca* ocurrió algo sumamente curioso. Como el ruso y el polaco sonaban a nuestros oídos de modo muy parecido, llegamos a creer en una semejanza entre ambas lenguas mucho mayor de la que realmente existe, y así en los primeros pueblos rusos comenzamos a llamar *pañenca* a todas las muchachas. No existiendo en ruso semejante vocablo, creyó aquella gente que se trataba de una voz española, y como tal fué incluida en aquel esperanto de circunstancias amasado en las cocinas de las ca-



El general Muñoz Grandes,
jefe de la División Española
de Voluntarios.





Transporte sobre trineo, de una pieza de acompañamiento.



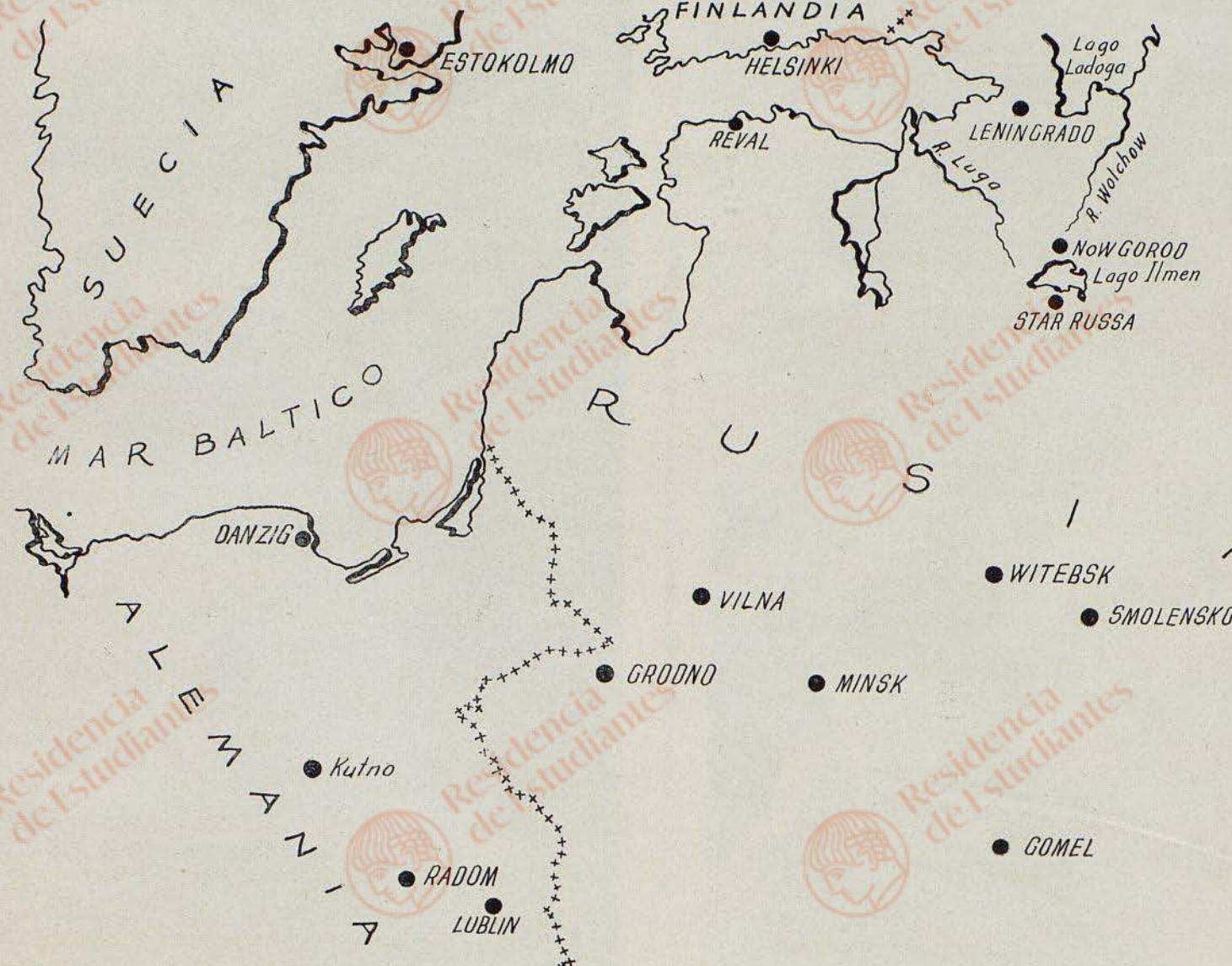
Un antitanque de la compañía Divisionaria entra en posición en uno de los pueblos ocupados al este del Wolchow.



Observatorio improvisado. El enmascaramiento a base de telas blancas era imprescindible en el invierno ruso.



La lucha en los bosques fué tal vez uno de los aspectos más duros de la campaña rusa.



Territorios recorridos por los voluntarios españoles en su marcha de aproximación al frente y sectores de Nowgorod y Leningrado, donde combatió la División

sas rusas entre ocupantes y ocupados, y que tan maravilloso resultado llegó a dar durante aquellos años. No contentos los rusos con su adquisición de la palabra española *pañenca*, formaron el masculino *pañenco*, y así cualquier mozo de Bustaviejo o de la Puebla de Sanabria se encontró de la noche a la mañana convertido en *pañenco* sin comerlo ni beberlo.

En el frente de Nowgorod solíamos recibir la visita nocturna de un avión ruso de reconocimiento y pequeño bombardeo, que de vez en cuando lanzaba una bengala acompañada o seguida por algún proyectil incendiario. Desconozco las características técnicas y el nombre de aquel tipo de aparato. Sólo sé que el ruido de su motor hacía recordar al de una motocicleta de poca potencia subiendo el puerto de Navacerrada. Por broma, se le puso un apodo: *la Parrala*, y a partir de aquel momento la población civil de los pueblos de la ribera del Volchow quedó firmemente persuadida de que "avión" se decía en español "laparrala". Meses después, más de una noche tuve que oír al alcalde de Kungolovo el relato de un gran combate aéreo presenciado por él, en el que, alternando español con ruso, explicaba que había visto "mucho laparrala".

Ya que de alcaldes hablamos, en Rusia el alcalde es el *starosta*, pero pronto nuestros filólogos de cámara acordaron simplificar la cosa y llamarle por las buenas "el *estarata*"; y como con frecuencia era conveniente granjearse la amistad de la primera autoridad municipal para conseguir patatas, huevos, etc., sin apelar a la violencia, de la que todos éramos enemigos, era lo normal que el saludo "Hola, *estarata, estarata gut, estarata jarosi*" fuese interpretado por el aludido como una muestra de amistad pronunciada en la clásica mezcla hispano-germanorrusa, y en tal caso a la palabra *estarata*, que ni por asomo identificaban ellos con su *starosta*, la daban el sentido de amigo, compadre, etc. Así fué como más de una vez un español se vió sorprendido al oírse llamar *estarata* por el mismísimo *estarata*, antes de haberle invitado a la primera copa. Por que cuando ocurría

después de las libaciones normales, la cosa tenía una explicación sencillísima.

La *karoba* es, ni más ni menos, la vulgarísima vaca, y este nombre fué uno de los que más rápidamente aprendieron nuestros furriales en su incansable esfuerzo por suministrar carne fresca a las compañías. La pequeña particularidad harto conocida que se observa en la frente de estos simpáticos animales hizo que, a falta de otro insulto que aún no habíamos tenido tiempo de aprender (aunque todo fué llegando después a su debido tiempo), cuando en los primeros meses nos enfadábamos con algún *ruski*, la primera palabra que acudía a nuestra boca fuese la de *karobo*. Hizo fortuna el hallazgo, y pronto quedó convertido también en insulto de régimen interior, abandonando el campo de las relaciones internacionales, en el que fué sustituida por las más estimadas *chorta* y *bledum*, la primera de las cuales tiene para los rusos sentido de insulto tremendo, aun cuando su traducción literal "diablo" no tenga entre nosotros la misma aplicación; y la segunda es una poco delicada alusión a infidelidades conyugales en la que no vale la pena de insistir.

Cuando empezó la repatriación por relevo de los primeros contingentes de voluntarios, decidió el Mando dar preferencia a los casados, y los que no lo éramos tuvimos la indelicadeza de bautizar a aquella expedición con el remoquete de "batallón de los *karobos*". Pero como simultáneamente estaban llegando los nuevos "mortadelas", es decir, novatos, muchos de ellos, mal informados, pensaron que *karobo* significaba "viejo", y así llegó a convertirse la palabreja en término de amistoso compadreo ("Hola, *karobo*", igual que se dice: "¿Qué hay, viejo?")

En uno de los dominios del lenguaje en que se presentaron los hechos más peregrinos fué en la toponimia. Existía, y debe existir aún, un importante pueblo que se llamaba Krasnogwardeisk. Como puede comprenderse, el nombrecito era tajada demasiado fuerte para nuestras bocas, y no había entre nosotros ni uno capaz de pronunciarle correctamente. Pero a grandes males grandes remedios: el

estrambótico vocablo fué sustituido por un nombre conocidísimo y fácilmente pronunciable: Carlos Gardel, y con Carlos Gardel se quedó Krasnogwardeisk, no respetando ni el nombre soviético ni el que en época zarista había tenido el lugar, que era el de Gatschina.

Otro pueblo, Tsechsulino, fué bautizado con el nombre de Sesolindo, y una aldea próxima, Wodskowa, se llamó primeramente Moscova y, por fin, Moscorra, con lo cual llegó a introducirse la primera palabra vascuence en la toponimia rusa. Podweresje se convirtió en Polvorejas, y Staraja Russa recibió tal cantidad de nombres, desde Estarrusa hasta La Tarara Rusa, pasando por "Tajada Rusa", que no había manera de entenderse cuando se nombraba aquel lugar. Otro pueblo cuyo nombre original quedó borrado al mismo tiempo que sus casas, derruidas por la artillería, era conocido por nosotros por La Casa del Señor, denominación que llegaron a utilizar los mismos vecinos de las aldeas próximas, y que no sé si correspondían a traducción literal del nombre indígena o a adaptación fonética del tipo de Carlos Gardel.

Uno de los más felices hallazgos de nuestros "guripas" en el campo de la toponimia fué el nombre Villa Relevo, adaptación del de Vjarlewo, que era el nombre del pueblo en que se concentraban los batallones de repatriados y se distribuían a las distintas unidades los nuevos contingentes de voluntarios que llegaban de España.

Y para terminar, una anécdota cuyo protagonista es, ni más ni menos, que la primera de las palabras citadas en este capítulo: *pañenca*.

Empezaba mi segundo invierno de Rusia. Era yo pagador de la compañía, y en ella había dos oficiales nuevos, recién llegados de España. Un día me llamaron a la chabola en que se habían instalado juntos y, después de un agradable rato de copeo y cigarro, me dijo uno de ellos que tenían que pedirme un favor, sin que se enterase el capitán. El favor era que, puesto que yo iba y venía por los pueblos próximos, les llevase a la tarde si-

guiente a la chabola un par de *pañenca*s al precio que fuese.

Sin excesiva vanagloria, puedo decir que nunca he tenido vocación de tercero y que mi elevado concepto de la disciplina militar no llega a tanto como para permitirme asumir tan desagradable papel. Por ello, sin decir una palabra, me levanté y salí de la chabola pegando un portazo. No poco extrañó a mis superiores aquella conducta: tanto es así, que uno de ellos salió detrás de mí, creyendo que me ocurría algo en la posición y que él no se habría dado cuenta. Cuando me alcanzó, me preguntó, efectivamente, que qué ocurría, a lo cual contesté malhumorado que lo único que ocurría era que un sargento de Infantería, aun siendo muy poca cosa, era mucho más que una vulgar celestina. Quedó perplejo el hombre, no entendiendo lo que yo quería decir, pero al fin nos explicamos los dos y resultó que mis dos tenientes se habían puesto tan al corriente de nuestro léxico en el poco tiempo de su permanencia en Rusia, que conocían perfectamente un segundo significado, menos usual que el primero, de la palabra *pañenca*, cosa que yo jamás habría sospechado. En efecto, no sé por qué razón, a las gruesas y confortables botas de fieltro que usan en Rusia hombres y mujeres durante el invierno las llamábamos botas *pañenca*s y, a veces, simplemente *pañenca*s. Sabiendo los dos tenientes que el capitán no quería usar tal calzado ni que lo usase ningún oficial mientras no hubiese cantidad suficiente para dar a toda la tropa, me hicieron la advertencia de que la buscase en el pueblo y no en el almacén del batallón para poder hacer su servicio nocturno con alguna comodidad y sin dar de baja ningún par de botas en las existencias del almacén.

Después de lo visto, te aconsejo, lector amigo, que cuando leas en alguna crónica de Indias lo que te cuente un testigo presencial acerca, por ejemplo, de los indios *guaycurúes*, pienses que todo será puntualmente verídico, con la única excepción del nombre de los indios, y te aconsejaré que te apuestes hasta la cabeza a que esos caballeros podrán *lla-*

marse o, mejor dicho, haberse llamado de cualquier manera menos *gauycurúes*, aunque también es posible que cualquier soldado de Villanueva de la Serena o de Argamasilla de Alba haya llegado a con-

vencerles de que ellos deben llamarse así y que tal vez seamos guaycurúes todos los naturales de la Península Ibérica. Y, si no, acuérdate de las *pañencias* y *pañencos* y del *estarata*.

ESCARAMUZA

Aquella noche, en la avanzadilla del Isorah, todo eran preparativos. Estábamos a 18 de marzo y, por matar el aburrimiento, ideábamos un pequeño festejo para el día siguiente, fiesta onomástica de don José Stalin. Queríamos organizar un intenso fuego de mortero, armas automáticas, fusiles lanzagranadas y hasta bombas de mano que desde el punto más avanzado podían llegar fácilmente a la posición enemiga, cuando llegasen las doce en punto del día, para poner en alarma a los "vecinos de enfrente", correspondiendo así a la "atención" que ellos habían tenido con nosotros la última Noche Vieja. Todo estaba meticulosamente previsto, y como cuando el diablo no tiene que hacer con el rabo mata moscas, a falta de acciones bélicas de mayor envergadura, cifrábamos verdadera ilusión en que todo estuviese tan cuidadosamente estudiado que nos fuera posible, con los escasos elementos de que disponíamos, dar a la guarnición de la avanzadilla enemiga la sensación de que se les iba a venir encima un tremendo ataque, aun cuando luego no pasase nada, como no podía pasar, y ellos, que en aquel sector tenían sobre nosotros una superioridad de fuego considerable, se fuesen a pasar tres o cuatro días desquitándose de la broma y comiéndonos la figura a morterazos.

En comentarios sobre lo que pudiera ocurrir llegó el alba, y con ella el capitán de la compañía, que todos los días, a aquella hora, solía hacernos una visita, acompañado de su enlace, portador siempre de un par de botellas de lo que fuera, con las que nos aplicábamos todos a matar el gusanillo, antes de que nuestro café y nuestras tostadas estuviesen dispuestas para el desayuno.

La posición consistía en una larga trinchera zigzagueante, de la cual partía en dirección al enemigo una especie de herradura cuyo punto más avanzado no quedaría a más de 25 metros de la posición rusa. Había también un ramal de trinchera que unía la nuestra con la de los rusos, pues nos encontrábamos en una posición tomada al enemigo y modificada posteriormente para la buena disposición de los elementos de fuego. En aquella trinchera internacional, unos y otros habíamos sembrado tal cantidad de explosivo, amontonado tanto alambre de espino y atravesando tantos piquetes, que ya no ofrecía peligro grave para ellos ni para nosotros. En cambio, al otro lado había una vaguada por donde corría el Isorah, en la que dos pilares ruinosos de un puente volado eran fuente continua de preocupaciones para unos y otros, por la facilidad con que a su amparo y al de una casucha derruida, próxima a ellos, podía por las noches acercarse cualquier patrulla a nuestra línea, no siendo posible, por lo próximo que estaba el enemigo, salir de día ni de noche a colocar una alambrada eficaz (nos habíamos limitado a tirar desde nuestro parapeto media docena de caballetes de frisa) ni a establecer un campo de minas en debida forma.

El paisaje era el de siempre: una llanura nevada, bosques espesos, cerrando por algunos sitios el horizonte, y detrás de las líneas enemigas, a pocos kilómetros, un pueblo con fábricas que, a pesar del fuego artillero y de las incursiones de la aviación, no dejaban de lanzar humo por sus altas chimeneas. Era Kolpino, donde, al parecer, existía importante industria de tractores, en tiempo de paz, y de tanques, en tiempo de guerra.

Como única particularidad de aquel paisaje diré que la nieve no era blanca, pues tres deshielos parciales, seguidos de fuerte rehielo, más una incesante lluvia de proyectiles de mortero y artillería, habían mezclado de tal manera la nieve con la arcilla y con la ceniza, y habían sacado a relucir tal cantidad de latas de conservas, cacharros rotos y materiales de derribo, que aquello parecía cualquier cosa menos un campo nevado.

El momento y el escenario quedan explicados con esto y puede levantarse el telón ahora mismo.

Después de la habitual visita del capitán a todos los puestos, acompañado por el alférez y el sargento de cuarto, entró en una de las chabolas, en la que, por casualidad, además de sus ocupantes reglamentarios, estábamos los otros tres sargentos de la sección, a quienes la interpretación correcta del turno que para la visita a las chabolas había establecido el "capi" nos había revelado en cuál de ellas tocaba aquel día la tertulia y el agotamiento exhaustivo de las dos botellas que llevaba el enlace. Mientras esperábamos, nos habíamos entregado, como de costumbre, a practicar una minuciosa descubierta en las costuras y entre los pelos de nuestras chaquetas de piel de borrego, que constituyan verdadero campo de delicias para los más rollizos piojos que contemplaron ojos humanos y en cuyo conocimiento habíamos llegado a ser tan diestros como para distinguir, sin género alguno de duda, sexos y edades al primer golpe de vista o, lo que es más difícil todavía, mediante una ligera palpación entre las yemas del índice y el pulgar, sabiamente manejados.

A pesar de la presencia del capitán y el alférez, y aunque habiendo interrumpido, por un sentido elemental del respeto a la jerarquía, nuestra cacería entomológica, continuábamos en camiseta, pues aquel día el fuego estaba bueno y la chabola ofrecía un ambiente caldeado y agradable, a lo que no poco contribuía un espeso y aromático vaho de humanidad sudorosa, sin el cual ya no se encontraba uno a gusto.

La tertulia era agradable, y en ella

tan pronto se contaban chistes como se evocaban episodios de la guerra de España, anécdotas amorosas o pasadas grandezas (allí todos eran ricos, todos importantes y todos de muy buena familia). Corrían las botellas, pasando de mano en mano y de boca en boca, y a cada vuelta que daban al corro crecía la locuacidad hasta irse convirtiendo la reunión en una auténtica olla de grillos.

De pronto, empezó a tirar el enemigo con sus morteros. Como la cosa no era nueva, continuamos todos charlando y bebiendo, excepto el alférez y el sargento del cuarto, que salieron a dar una vuelta por ver si había alguna baja. Minutos después regresaron sin novedad que comunicar al capitán y, al tiempo que ellos volvían a tomar asiento, arreció de tal manera el fuego que quedaron en suspense chistes y anécdotas, y empezamos todos a calcular el número de morteros que estaban batiendo la posición, muy superior, indudablemente, al habitual. Muy poco tiempo después oímos gritos, y, suponiendo que alguno de nuestros centinelas habría caído herido, nos levantamos, como era lo normal, los dos más próximos a la puerta, con ánimo de salir a recogerle. En aquel caso éramos el capitán y yo, que, por cierto, iba en mangas de camisa y con mi chaleco debajo del brazo.

Al salir a la trinchera comprendí, aunque ya tarde, que aquel armamento no era suficiente para la ocasión en que me veía. Pues no habría sido prudente tratar de cazar, como a un saltamontes, con aquella prenda, al hermoso ejemplar de soldado soviético que a pocos metros me encañonaba con su regadera, haciéndome pensar a velocidad de vértigo en los novísimos, y dándome la sensación de que mi carrera vital había alcanzado una meta tan poco grata como definitiva.

Sin embargo, sentí lo que menos esperaba: alguien por detrás me echó la zancadilla y me empujó por la espalda tan rápidamente que caí de brúces, mientras sobre mi cabeza pasaba una ráfaga salida del naranjero del rusazo. Una fracción de minuto, tal vez de segundo, después dos tiros de pistola le derribaban, cayendo el

arma al alcance de mis manos. Me levanté rápidamente y, con ella, terminé de despenar a su antiguo propietario. Pero en aquel momento era cuando empezaba de verdad la danza bélica.

La trinchera estaba llena de rusos: la gente que había salido de las chabolas lanzaba bombas de mano a diestro y siniestro, tiraba yo ráfagas al mundo para quitarme el miedo con el ruido, y ninguno de nosotros sabía a ciencia cierta lo que podía pasar allí.

Lo cierto y seguro era que los rusos se habían metido en la posición bajo el fuego de sus propios morteros, que no dejaron de tirar hasta que la infantería ocupaba ya nuestra trinchera. Haciendo justicia al enemigo, hay que reconocer que hacían falta muchas agallas para dar un asalto en tales condiciones. Nos encontrábamos mezclados, dando vueltas a la avanzadilla como chicos que juegan al escondite, españoles y rusos. Se tiraban bombas, se lanzaban ráfagas de pistola ametralladora y naranjero a todo lo que se movía cerca de uno. En mi vida he presenciado mayor confusión.

Cuando, al cabo de unos minutos, conseguimos agruparnos los que habíamos salido de aquella chabola, y el alférez pudo organizar un poco lo que aún no se sabía si iba a ser contraataque o retirada, la primera providencia fué acudir a las otras chabolas en las que tal vez no se sospechaba que el enemigo estaba dentro de casa. Pude yo, no sé cómo, pero desde luego experimentando en el vientre una sensación sólo comparable a la del día de mi examen de ingreso en el Instituto, llegar al refugio de mi pelotón, sobre cuyo techo un ruso vuelto de espaldas tuvo que pagar con su pellejo el precio de mi entrada. Puesta en alarma mi gente y armados todos de todas armas, como se dice en los romances antiguos, ibamos a lanzarnos a la trinchera, cuando tuve la feliz idea de incendiar la chabola para evitar que pudiera utilizarla el enemigo si, como yo esperaba, llegaba a hacerse dueño absoluto de la posición. Mi bolsa de costado llena de cartas, un capote viejo previamente rociado con el petróleo de la caja de limpieza y algunas otras cosillas

fueron colocadas sobre la estufa, en la que ardía una buena carga de leña, y, hecho esto, salimos a probar suerte. Detrás de mí marchaba el tirador del fusil ametrallador con su arma preparada. El resto del pelotón, con las cintas, los fusiles y las bombas de mano, producía al correr un ruido semejante al de un rebaño de vacas con buenas esquilas conducidas a la carrera.

Mi idea era ocupar una letrina que antes había sido emplazamiento de mortero, situada diez o doce metros a retaguardia, desde la cual podía batirse perfectamente la punta de la avanzadilla. Pero, de tan buena como era la idea, los rusos la habían tenido ya y me habían ganado por la mano, de tal forma que cuando íbamos a entrar por el ramal de trinchera que conducía a nuestro objetivo nos saludó una ráfaga, acompañada de media docena de bombas de mano, una de las cuales cayó delante de mí obligándome a retroceder unos pasos al tiempo que instintivamente me cubría la cara con la mano izquierda. Explotó el artefacto y volví a lanzarme hacia adelante, teniendo que retroceder otra vez acosado por una nueva ráfaga y cambiar de dirección, encaminándome por la trinchera general hacia el otro extremo de la posición, donde imaginaba reunido al resto de la sección. Me detuve un momento en un recodo no batido por fuego enemigo ni propio, esperando que me alcanzasen mis hombres, y estando en aquel lugar vi manchas de sangre en el suelo. Grande fué mi sorpresa al comprobar que la fuente estaba en mi mano izquierda, en la que no había sentido dolor alguno hasta aquel momento. Pero ver mi mano ensangrentada y empezar a sentir un dolor vivísimo desde las yemas de los dedos hasta el codo, fué todo uno. La cosa no tiene nada de extraño, y por lo menos a mí es lo que me ha sucedido siempre que he recibido una herida. Desentendiéndome de mi dolor y haciendo de tripas corazón, me empiné un poco sobre el parapeto, tratando de localizar a los soldados de mi pelotón, cuya tardanza me extrañaba. Pero lo que vi fué hasta media docena de cascós en forma de sandía, cuya vista me hizo comprender que había quedado ais-

lado de mi grupo y que no era prudente permanecer en aquel lugar. Emprendí, pues, la carrera en dirección contraria, y en cuatro zancadas logré reunirme con los otros hombres de la sección, que, a la puerta de la última chabola, y agrupados en torno al alférez y al capitán, que no sé cómo había logrado llegar allí, se repartían bombas y municiones. Una señal de malísimo agüero respecto a las intenciones del Mando eran las bayonetas armadas. Declaro honradamente que no me hizo ni pizca de gracia la decisión, que adiviné, de lanzarse al asalto.

Observé una extensa mancha de sangre en la guerrera del capitán, a la altura del hombro derecho. Pronto supe que tenía un balazo por debajo de la clavícula. Los demás del grupo aún estaban ilesos.

Como yo no podía ya doblar los dedos de mi mano izquierda, regalé el naranjero al primero que tuve a mano y me apresuré a hacer provisión de bombas. Todos listos para el asalto, esperábamos la orden de darle. Pero, antes de lanzarnos a la aventura definitiva, el capitán quería asegurarse de las posibilidades de éxito. Observando sobre el parapeto, conseguimos localizar hasta tres fusiles ametralladores enemigos emplazados en la avanzadilla. Por consiguiente, había, cuando menos, una sección completa. Nosotros éramos allí 14 ó 15 hombres, con un solo fusil ametrallador y una escasa dotación de granadas de mano. No era, pues, prudente salir de la trinchera, mientras no supiésemos si mi grupo, situado en el otro extremo de la posición, estaba en condiciones de atacar simultáneamente. Por tanto, nos limitamos a hostilizar, afinando bien la puntería, a los rusos que intentaban aproximarse demasiado por aquella parte, es decir, que nos quedamos a la defensiva.

Pronto se decidió el capitán a ir a la compañía en busca de refuerzos, y aquel momento de calma fué mi primera oportunidad de hacerme una cura de urgencia: la gasa de mi paquete de cura individual había sido empleada ya hacia tiempo para colar el café, y no sé de dónde surgió un pañuelo, no muy limpio, que hubo de reemplazarla, pero en pocos minutos el

pañuelo quedó empapado y hubo necesidad de sustituirle por una extraña compresa formada por un trozo de guerrera atado con una tira de la camisa del cabo Ramírez. La asepsia no era cosa exagerada, pero la hemorragia se contenía eficazmente.

Mientras el cabo practicaba aquella rudimentaria cura, se acercó a nosotros un soldado de cuyo nombre vale más no acordarse, que intentó, a viva fuerza, cargar conmigo sobre sus costillas para conducirme al puesto de socorro, porque, según decía él, yo estaba perdiendo mucha sangre y él no podía consentirlo. No quiero recordar la descarga de patadas, en cuantas regiones de su anatomía estuvieron a mi alcance, que le propiné al considerar cómo quería aquel bandido cubrir con su adhesión a mi persona su falta de lo más elemental y con mi miserable cuerpo sus robustas espaldas.

Hubo un rato de calma relativa, muy relativa, desde luego, puesto que no cesábamos de tirotearnos y lanzarnos granadas, al mismo tiempo que sobre nuestras cabezas cruzaba un violento duelo de artillería. El cabo Ramírez trataba de persuadir a tres "mortadelas" llegados la noche antes de que aquello era lo normal y no tenía importancia alguna. No sé la cantidad de chistes y chocarrerías que su ingenio bético movilizó, y no sin éxito, para levantar la moral de aquellos chicos. Era hombre de ingenio agudo, contestaciones rápidas y ocurrencias oportunas. Recuerdo que, a él como a todos, le había extrañado la escasez de la piedra en el paisaje ruso. Y un día que al cruzar un río vimos dos grandes bloques de granito en mitad de la corriente, resumió su observación en estas palabras: "Para dos piedras que había en toda Rusia las han puesto en remojo a ver si se ablandan". Pues en aquella ocasión continuaba con el mismo humor. Ya al salir de la chabola y encontrar la trinchera llena de rusos había lanzado su frase habitual, siempre a punto cuando algún asunto empezaba de mala manera: "Bien empieza la semana, y le ahorcaban el lunes". Sus últimas palabras en este mundo coincidieron con su último chiste. Habían empezado de nuevo los rusos a

hostilizarnos con mortero, y los primeros proyectiles cayendo en terreno fangoso no hicieron explosión. Ramírez, para tranquilizar a los novatos, aseguró muy serio: "Estos no pían, están hueros". Pero una nueva descarga vino a caer donde estábamos nosotros, haciendo todos explosión entre el parapeto y la trinchera, y Ramírez comentó: "Estos, en cambio, traen todos pollos". En aquel mismo momento un balazo le perforó la frente y se acabaron los chistes.

Mientras llegaban o no llegaban los reforzados prometidos, hubimos de fraccionarnos al observar los intentos del enemigo por infiltrarse hacia la trinchera de evacuación, cosa que, de haber sido lograda, nos habría dejado totalmente aislados de la compañía y del puesto de mando del batallón.

Y me cupo a mí la suerte de ir con media docena de hombres a defender aquel punto peligroso, gracias a lo cual pude hoy contarla, pues los que quedaron en la trinchera fueron materialmente exterminados por un fuego de mortero intenso, persistente y concentrado como jamás se había visto ni volví a ver después.

Tras un rato de espera comiendo barro y nieve en aquel lugar donde nadie se atrevía a levantar la cabeza del suelo, llegó el refuerzo esperado, que consistía en el capitán, su enlace, un sargento y otros dos soldados, y un momento después, único superviviente del grupo que había quedado en la trinchera, el alférez. Hubo unos minutos durante los cuales parecía que se hundía el mundo: los morteros de 81 de nuestro batallón vomitaban granadas sobre la posición con un ritmo increíble. En medio de aquel estrépito recibimos la orden de lanzarnos al asalto, como Dios nos diese a entender, tan pronto cesase el fuego de mortero y fuera sustituido por el de una batería de 8,8 que iba a batir la tierra de nadie para impedir la llegada de refuerzos rusos y en cuya eficacia no creímos ninguno, puesto que no parecía humanamente posible afinar la puntería hasta el extremo de batir una franja de terreno de 20 a 40 metros de ancha sin que algunos tiros quedasen cortos y acabasen la obra de aniquilamiento de

la sección que con tanta fortuna había empezado el enemigo.

Llegó el momento y emprendimos la carrera sin tener la menor noción de lo que íbamos a hacer. No puedo explicar lo que se siente y se piensa durante un asalto, pues es cosa que nadie sabe, ni los mismos que intervienen en él. Muchos ruidos, gritos, veinte veces la sensación de que ya se acabó todo, y otras tantas la de que no ha pasado nada.

En aquella ocasión, lo único seguro es que el enemigo se retiró, dejando para cubrirse las espaldas un fusil ametrallador servido por cuatro hombres, que quedaron acribillados a tiros, bombazos y bayonetazos en pocos minutos. La trinchera presentaba un aspecto que puede calcular cualquiera simplemente con saber que no podía andarse más de tres pasos por ella sin pisar algún cuerpo humano. Los centinelas españoles que estaban de puesto en el momento del ataque enemigo habían muerto todos y sus cadáveres presentaban heridas de arma blanca. Granadas de mano y proyectiles de mortero sin explotar constituían una peligrosa alfombra, que hubo de ser retirada cuidadosamente. Tuvimos la satisfacción de comprobar que los rusos no habían hecho prisioneros, pues todos los que no estábamos vivos al terminar el asalto yacían en el fondo de la trinchera o tendidos sobre el parapeto. De los efectivos de la sección quedábamos seis hombres, dos de los cuales estábamos heridos. Aun cuando no todos los demás habían muerto, la media docena que fuera de nosotros vivía aún no estaba en condiciones de tenerse de pie, y menos de combatir. Parecía que todo estaba liquidado, pero no sé dónde había quedado agazapado un ruso. Le vimos saltar el parapeto, tratando de alcanzar su posición, y, con el afán de hacer algún prisionero, en lugar de hacer fuego sobre él intenté ir en su persecución. Tuvo la cortesía de despedirse de mí con una bomba de mano, con la que me acertó en el casco, dando de rebote en el suelo, a mis espaldas, y explotando entonces salpicándome de metralla de tal manera que hoy no me atrevo a hablar mucho de aquellas heridas, que parecen producidas en una fuga vergonzosa.

sa. Pero aún no se conformó el amigo con el regalo de la bomba y, ocultándose tras el parapeto, disparó su fusil contra otro español que hacia él valientemente se lanzaba. Era éste el capitán, y la bala le llevó medio párpado sin rozarle siquiera el globo del ojo.

De todas formas, y aunque aquel pájaro consiguió volar, aún pudimos hacer un prisionero, que resultó ser el oficial que mandaba la sección. Fué sorprendido en una de nuestras chabolas, ensangrentado por unas heridas que resultaron ser leves y haciéndose el muerto, en espera, sin duda, de ocasión propicia para escapar. Era un hombre alto, de mirada abierta y fisonomía agradable, ante cuyo recuerdo tengo siempre sentimiento de respeto y simpatía. Había llevado acertada y bravamente el mando de su fuerza, y luego, ya prisionero, aún trató de acometer al cabo y al soldado que le conducían al puesto de mando, estando en muy poco que no lograse desarmar al primero. Cuando, unas horas más tarde, le vi tomando café y fumándose un cigarro en la chabola de nuestro capitán, me acordé, no sé por qué, del cuadro de la Rendición de Breda.

Ya sé que la versión que corría por aquí es la de que los rusos no avanzaban más que conducidos a latigazos por sus comisarios y que huían despavoridos ante el brillo de nuestras bayonetas. Tengo que decir que eso es una patraña. El soldado ruso, sobre todo el de las formaciones con que hubimos de enfrentarnos el segundo año, era disciplinado, valiente y estaba magníficamente instruido. Y si alguien quiere por eso pensar que el autor de estas líneas es un filocomunista, me tiene sin cuidado.

Cuando traté de averiguar la suerte que había corrido mi pelotón, me encontré con que sólo quedaban de él dos heridos gra-

ves, uno de ellos con un tiro en la cabeza que le había hecho perder la razón. Tanto que desapareció cuando le llevaban al puesto de socorro y no se volvió a saber nada de él.

En resumen; habíamos tenido unos treinta muertos y perdido dos fusiles ametralladores y varias cajas de munición. Ellos habían dejado en nuestro poder media docena de cadáveres, un prisionero, dos fusiles ametralladores y cuatro o cinco naranjeros. La línea había quedado igual que antes del ataque.

Como no teníamos gente para cubrir los puestos, los heridos que no éramos graves hubimos de seguir prestando servicio. Poco rato después de reorganizada malamente la posición calló nuestra artillería, que había tirado primorosamente, y empezó el enemigo a hostilizarnos de nuevo con morteros de todos los calibres, y durante aquel fuego que ya no tenía objeto, y que a nosotros realmente no nos preocupaba después de lo pasado, encontraron la muerte el alférez y el sargento que habían venido de refuerzo.

Al anochecer pudimos evacuarnos, aunque no sin antes sufrir una nueva alarma que afortunadamente quedó en agua de borrajas, y como único dato complementario diré que los tres heridos que ocupábamos la ambulancia en que iba yo nos fugamos en ella al llegar al pueblo donde estaba el segundo escalón del regimiento para irnos a comer una paella en casa de un brigada amigo, donde pasamos la noche bebiendo y cantando: ello fué causa de que a poco perdiése yo mi mano, pues, aunque la herida no era grande, las condiciones de la cura y la tardanza en llegar al hospital determinaron una infección que complicó las cosas mucho más de lo que yo esperaba.

CONGRESO EUCARISTICO EN LA AVANZADILLA

Por aquellos días (primeros de marzo del 43) nos encontrábamos en una posición incómoda y peligrosa, una sección continuamente renovada por las bajas que a diario nos ocasionaba el fuego enemigo

y que a diario también había necesidad de cubrir, y la moral de todos estaba profundamente quebrantada. El aburrimiento y la miseria, compañeros inseparables de la guerra de trinchera, habían reducido

la vida de muchos de nosotros a una espera desasosegada del momento de recibir el tiro o el morterazo correspondiente, con la esperanza de que fuera de suerte, es decir, de los de hospital en lugar de ser los de la cruz de palo.

La disciplina, sin llegar a relajarse del todo, empezaba a presentar grietas y goteras: se exigía mucho y los hombres estaban agotados.

Un dia, reunido el alférez con los cuatro sargentos de la sección, nos propuso la conveniencia de atender al espíritu de los hombres, única forma de salvar el bache peligroso que atravesábamos. Se le hizo ver que en aquellas condiciones de vida puramente animal los espíritus estaban embotados y hacia falta que alguien, que no podía ser más que un capellán, pusiese la primera piedra en la reconstrucción moral de la gente, utilizando medios sobrenaturales, pues todo lo demás estaba ya probado sin gran éxito. Quedó convenido que aquella misma noche subiría el Páter a la posición, a confesar a los que quisieran y a decir misa, como primer paso para intervenciones posteriores más frecuentes.

Cuando hablamos con nuestra gente, no pareció despertar demasiado entusiasmo la idea. Recuerdo que uno de mis soldados se encogió de hombros y me dió esta contestación:

—¿El Páter? Allá usted. Yo poco le voy a molestar. Otra cosa sería si nos trajeran media docena de vicetiples.

Pero, con eso y con todo, aquella noche subió el Páter, y, como tuvimos la suerte de que nada más empezar las confesiones, en un nido de ametralladora, por cierto, nos obsequiara el enemigo con una buena rociada de morterazos, los hombres se fueron animando hasta el extremo de que no menos de tres horas fueron necesarias para que el capellán escuchase a todos los penitentes que fueron acudiendo y cuyo número fué exactamente el mismo que el de la fuerza presente en la posición, incluido, como es natural, mi amigo el de las vicetiples.

Hacía meses que no "limpiábamos fondos", y por lo menos, de mí sé decir que, después de recibir la absolución, y mien-

tras me paseaba por la trinchera rezando la penitencia, pude comprender que las explosiones de las granadas, sin llegar a ser una música delicada, no tenían un sonido tan feo como hasta entonces me había parecido.

Ya terminadas las confesiones, se buscó lugar adecuado para decir la misa, y no habiéndole se eligió, como sitio más decoroso, la chabola del alférez, puesto que en las nuestras las inscripciones murales no parecían convenir al decoro de lo que por unos momentos iba a ser el templo.

Hubo después que buscar acólitos, pues el que solía desempeñar tal ministerio, alternándole con el de asistente del Páter, parece ser que, casualmente, se había sentido indispuesto cuando supo dónde iba a ser la misa aquella noche. Dudo que en ninguna ocasión haya visto Nuestro Señor, junto a su altar, monaguillo más suizo ni estrafalario que en aquella ocasión. Era él uno de los sargentos de la sección, que llevaría, como mínimo, un mes sin lavarse y tal vez cerca de medio sin afeitarse. La fecha de su última mudanza de camisa se perdía en la noche de los tiempos. Su vestuario parecía refido con las normas más elementales de uniformidad militar, puesto que, sobre un pantalón que en tiempos fué del conocido gris verde que empleaba el Ejército alemán, llevaba un par de remiendos hechos por él con tela de un chaleco azul marino. Por si todo ello no resultase aún suficientemente antilitúrgico, llevaba el buen hombre el correaje lleno de bombas de mano, la pistola ametralladora colgada en bandolera y el casco sujeto al cinturón. Resultaba algo estrembótico el efecto que hacía verle con aquel atuendo ayudar ceremoniosamente al sacerdote, mientras éste se revestía.

La chabola era pequeña, tanto que en ella, además del celebrante, media docena de hombres ocupábamos todo el espacio disponible. Por la puerta asomaban otras tantas cabezas, y el resto de los fieles seguía desde la trinchera la "retransmisión" que en voz baja hacia uno de los situados en la puerta.

Los del interior de la chabola dialogábamos la misa con el sacerdote. Recuerdo

que en las primeras palabras del salmo "Al Dios que alegra mi juventud" me quedé estancado durante un buen rato. ¿Era posible que allí quedase algo de juventud y que alguien pudiese alegrarla? Hacía falta, efectivamente, ser nada menos que Dios para llevar algo de alegría a aquel rincón. Pero poco a poco se fué obrando el milagro. Una sensación de paz y de seguridad se fué apoderando de todos nosotros. Llegó el momento solemne de la Consagración. Desde que empezó la misa no se había oído un tiro ni una explosión. Las palabras de la Consagración, pronunciadas en voz muy baja, se oían con toda claridad, pero cuando, después de realizarse (parecía mentira que en aquel tugurio pudiera efectuarse el gran milagro) la Transubstanciación, cuando el sacerdote hizo genuflexión y el acólito arrancó un desagradable sonido a la campanilla cascada que desentonaba, por cierto, en toda su estampa de facineroso, se desencadenó un violento fuego de mortero en medio del cual se elevó la Hostia, produciendo un extraño contraste su blanca y lo reposado de su elevación en medio de aquel ambiente, en el que ya, como en tantas ocasiones, se mascaba la muerte.

Nadie se había movido. Los de la trinchera habían aguantado el fuego como si no fuese con ellos. Ninguna bala había que lamentar. Siguió un rato de calma y llegó el momento de la Comunión. Después de comulgar los de la chabola y los que estaban a la puerta, surgió el problema que planteaba, por un lado, la falta de espacio y, por otro, la imposibilidad de dejar desguarnecidos los puestos. El sacerdote decidió salir a la trinchera a dar la Comunión a los que esperaban fuera. Delante iba el monaguillo, que ya se había descolgado la pistola ametralladora y la llevaba debajo del brazo; seguía el Páter a continuación de él el alférez, con la pistola montada en una mano y una granada en la otra. Los demás formábamos un extraño cortejo, en el que más parecía que fuésemos a dar un golpe de mano que a acompañar al Santísimo. Bombas con el seguro quitado, armas montadas; pero, eso sí, todos descubiertos, aunque con el casco pendiente del correaje. Recorrimos

la posición relevando alguno de nosotros a los centinelas, mientras ellos, arrodillados en el mismo puesto, recibían al Señor.

Algunas ráfagas silbaron sobre nuestras cabezas durante el recorrido. Pero nadie parecía enterarse. Y no era como cuando, días atrás, nos había visitado el coronel, que nadie se agachaba por vergüenza torera, pero no por falta de ganas. Era que nadie pensaba en los tiros ni en su propia persona.

Es muy difícil que yo mismo pueda explicarme ahora cómo fué aquello. Pero en mi vida había vivido, ni cuento volver a vivir cosa semejante. Y mucho menos podrá entenderlo nadie que no se haya encontrado en una situación como aquélla.

Regresamos a la chabola. Terminó la misa, y el alférez tuvo la idea de iniciar el canto de la Salve. De momento sólo nos unimos los que estábamos dentro de la chabola, pero al final cantaba también desde la trinchera todo el resto de la sección. La consecuencia lógica fué una descarga de morteros y un violento fuego de ametralladora, pero no pasó nada.

Después, cuando ya el Páter se había marchado de la posición, parecía que todo había cambiado. Aparentemente todo seguía igual. El mismo barro, la misma miseria, el mismo peligro, pero había algo completamente distinto: no éramos ya un puñado de piojosos, olvidados del mundo, que defendíamos unos metros de trinchera, sin ilusión y sin esperanza. Eramos gente muy importante. Con nosotros, en una de aquellas chabolas, había pernoctado nada menos que Dios, y había recorrido la línea, deteniéndose un rato con cada uno de nosotros. El soldado, capaz de ufanarse durante meses si un día le ha abordado con cualquier palabra amable el coronel o el general, podía permitirse el lujo de decírselo a sí mismo, aunque no fuese a contárselo a nadie, que aquella noche había tenido en el puesto un rato de palique amistoso con Nuestro Señor Jesucristo. Además, tal vez muchos de mis compañeros pensasen algo semejante a lo que pensaba yo en aquel momento. A aquella hora (estaba amaneciendo), seguramente como

todos los días, a muchos kilómetros de donde yo estaba, mi madre se acercaría al altar para pedir por mí, y, yo no sé por qué, me imaginaba que cuando ella comulgase aquel día la diría, poco más o menos, el Señor que venía de Rusia, que me había visto y que estaba bueno. Ya sé que cualquier lector tiene derecho a tomar esto como una chaladura de trinchera, pero a mí nadie habría podido convencerme de que no estaba en lo cierto.

No hubo ocasión de repetir lo de aquella noche. Pocos días después ingresaba yo en el hospital, al mismo tiempo que

la mayor parte de mis compañeros de la sección recibían sepultura. Pero esto ya es otra historia, y no vale la pena de desviarnos contándola.

Ahora, muchos años después, cuando he visto cómo se echaba la casa por la ventana para celebrar un Congreso Eucarístico, me he acordado de aquella comitiva de piojosos que una noche escoltamos con granadas de mano al Santísimo por una trinchera enfangada de una posición perdida en el frente de Rusia. Tanto es así, que ahora, cuando me refiero a aquéllo, suelo llamarlo el "Congreso Eucarístico de la avanzadilla".

FINAL

Aun cuando mi propósito no ha sido hacer la historia militar de la campaña de los voluntarios españoles en el frente ruso, si quiero dar un esquema de fechas y lugares que permitan al lector conocer a grandes rasgos por dónde anduve y qué hizo en Rusia la División Azul, con lo cual el relato de hechos que he considerado más representativo del ambiente en que vivimos durante aquellos años, creo podrá cualquiera hacerse una idea bastante exacta de lo que fué la División Española de Voluntarios.

En el mes de julio del 41 salieron de distintas provincias españolas las diversas unidades formadas por los voluntarios, que en poquísimos días habían acudido al llamamiento, quedando un excedente de voluntarios alistados en número suficiente para haber formado quizá un par de regimientos más. Los efectivos enviados para constituir aquella gran unidad ascendían a 18.000 hombres. Concentrados en el campamento alemán de Grafenwörth pasamos a constituir la 250 división del ejército alemán, formada por los regimientos de Granaderos 262 (Coronel Pimentel), 263 (Coronel Esparza) y 269 (Coronel Vierna), más el batallón de Reserva Móvil 250, el regimiento de artillería 250, las dos compañías divisionarias de Antitanques, un grupo de zapadores, un grupo de exploración y explotación, los servicios de Sanidad, Intendencia, Farmacia y Veterinaria. Además, un contin-

gente de fuerzas de la Guardia Civil quedó incorporado a la Feldgendarmerie para prestar servicio en segunda línea de los sectores que cubrió la División y en las estaciones de ferrocarril más transitadas por fuerzas españolas.

Posteriormente se formó la compañía de esquiadores con oficialidad y tropas de todas las unidades.

En equipar e instruir a la División pasaron agosto y medio septiembre. Partimos entonces por ferrocarril de Grafenwörth hasta Suwalki, en Polonia, y como por aquellos días el alto mando de la Wehrmacht no tenía problema de hombres y los transportes para municiónamiento y víveres urgían más que el de una división bisoña que, al parecer, no interesaba a ningún general de Cuerpo de ejército, hubimos de recorrer a pie los mil kilómetros aproximadamente que nos separaban aún de la línea de fuego.

Lo hicimos pasando por Grodno, Wilna y un buen trecho de la pista Stalin (va de Minska a Smolensko), para desviarnos luego hacia el norte y llegar a Vitebk, ciudad donde volvimos a embarcar, para llegar, por fin, a una estación próxima a Novgorod, cuya cabeza de puente sobre el Wolchow iban a cubrir dos batallones nuestros, extendiéndose el resto de nuestras fuerzas hacia el S., guarneciendo toda la orilla Oeste del lago Ilmen.

Se trataba de un frente tranquilo, en el que no se contaba operar por el mo-

mento. Entramos en posición el día 12 de octubre y salvo algunos golpes de mano propios y enemigos no hubo en un principio actividad bélica alguna. A fin de aquel mes, y para proteger el flanco derecho de una formación blindada alemana que debía cortar el frente al norte del sector de la División, para cortar el ferrocarril de Moscú a Leningrado, atacaron dos batallones del Regimiento 263, cruzando el Wolchow e internándose más de veinte kilómetros en el dispositivo ruso, ocupando Tschevelewo, el Monasterio de Otenski, Possad, Possalok y otras posiciones, hasta tomar, bajo sus fuegos, el ferrocarril indicado. El mal tiempo (ventiscas y nevadas, con temperaturas inferiores a 30° bajo cero) impidió el movimiento de los tanques, y los dos batallones nuestros quedaron en situación delicadísima, formando una estrecha y larga cuña, con ambos flancos descubiertos. Hubo que abandonar varias posiciones y quedaron en nuestro poder Possad, la llamada posición Intermedia y el Monasterio, escalonadas a lo largo de unos doce kilómetros de carretera, que se extendía en medio de un espeso bosque ocupado por el enemigo. Este atacaba incesantemente las posiciones, las machacaban con artillería y aviación y asaltaban convoyes y ambulancias. En vista del crecido número de bajas que ocasionaba aquella situación (compañía hubo que quedó reducida a una docena de hombres), hubo que reforzar las posiciones de Otenski y Possad con secciones de los demás regimientos, y, por fin, una vez que el Mando comprendió la imposibilidad de proseguir la resistencia ni llevar a cabo la operación prevista, se ordenó la retirada, que tuvo lugar en la noche del 7 al 8 de diciembre, después de una resistencia de casi dos meses, durante la cual nuestras fuerzas habían perdido más de dos terceras partes de sus efectivos.

Por aquellas mismas fechas la compañía de esquiadores había conseguido, al sur del lago Ilmen, liberar a un batallón alemán cercado por los rusos, sacrificando para lograrlo la casi totalidad de sus hombres. Estos dos hechos de armas elevaron de tal modo el prestigio de los soldados

españoles entre los alemanes que a veces llegamos a sonrojarnos ante los elogios de que nos hacían objeto.

En la primavera siguiente empezó a moverse algo la escena. Hubo diversos ataques enemigos, aun de no mucha envergadura y siempre rechazados con éxito, y por fin se anunció que se iba a operar para reducir la llamada bolsa del Wolchow. La operación fué encomendada a dos batallones españoles, el grupo de exploración y los zapadores de la División, más un batallón flamenco y una compañía de tanques alemanes, que apenas pudo moverse por la dificultad que suponía el barrizal hondo y pegajoso (nuestros hombres se hundían hasta las rodillas) en que se convierte desde abril hasta agosto (la operación fué en junio) el suelo de los bosques rusos. La operación fué breve pero durísima; combatir en un bosque tupido y fangoso no es juego de muchachos, y el enemigo tan pronto simulaba retirarse como abría un endiablado fuego de armas automáticas desde las copas de los árboles o aparecían por retaguardia. Pero a los cinco días la bolsa estaba libre de rusos y hasta los carreros y rancheros que llevaban el suministro a los puestos avanzados solían volver acompañados de grupos de rusos que salían del bosque para entregarse. Entre los prisioneros se contaba un general y más de un centenar de jefes y oficiales.

Terminada la liquidación de la bolsa, hubo un mes de calma relativa, con pequeños ataques enemigos de tanteo, y en agosto se nos trasladó al frente de Leningrado. Dejábamos en el sector de Nowgorod cerca de dos mil tumbas españolas y numerosas amistades en todos aquellos pueblos.

En aquellos últimos meses había empezado el relevo, se había repatriado a los voluntarios casados y a los de más de 30 años, y habían llegado nuevos contingentes de refresco. Digamos de pasada que la nueva gente no era peor ni mejor que la vieja y que no hay razón para distinguir entre la "primera" división y la "segunda", y basta.

Ya en el frente de Leningrado cubrimos un sector que se extendía desde Pushkin

(la antigua Sarkoye Selo) hasta Krasnijboor, en una linea continua y con un dispositivo muy compacto. La fortificación de las lineas, aunque ligera, era en general superior a la de las posiciones del Wolchow. Era, por todos los estilos, un frente más duro; tanto que en algunos aspectos recordaba a nuestro viejo frente de Madrid. La nota distintiva más fuerte en relación con lo que hasta entonces habíamos tenido ocasión de ver era la extraordinaria calidad de las tropas rusas que guarneían aquel sector, tan perfectamente instruidas como equipadas y animadas de una moral de combate indiscutible. La densidad de las masas artillerías enemigas era otro factor importante que hacía cambiar bastante el aspecto de la guerra.

En aquel sector hubo combates violentísimos en que el enemigo hizo verdadero derroche de material. El batallón de reserva móvil tuvo una brillante actuación en la defensa de Ladoga, reforzando a fuerzas alemanas en circunstancias sumamente delicadas. El regimiento 262, reforzado por el grupo de exploración y antitanques divisionario, sufrió el día 10 de febrero del 43 un violentísimo ataque de carros de infantería precedido de la mayor concentración de fuego artillero que conocimos en toda la campaña. El dispositivo quedó literalmente pulverizado, en una extensión de dos a tres kilómetros, y el enemigo consiguió ocupar Krasnogvardeisk y desbordar por retaguardia las posiciones del tercer regimiento, únicas que resistían, llegando durante algunas horas a estar toda la división en peligro de quedar envuelta. La cooperación de los tanques alemanes y los Stukas permitió restablecer la linea, casi en las mismas condiciones en que se encontraba antes del ataque. El 19 de marzo intentó el enemigo un nuevo ataque de la misma violencia, pero las precauciones adoptadas por el Jefe del Regimiento desbarataron en pocas horas la intentona, sin más pérdida que la de una pequeña avanzadilla, recuperada inmediatamente, y las bajas, bastante cuantiosas, causadas por la preparación artillera.

Además de estos ataques hubo otros

muchos de menor envergadura, pero era de notar que para cualquier tanteo a nuestras líneas, equivalente a los que en el Wolchow se hacia con una sección o menos, aquí empleaba el enemigo compañías enteras, cuando no batallones. Así el golpe de mano del 17 de junio, llevado a cabo por un batallón de Infantería de Marina, que dejó más de un centenar de muertos en nuestras alambradas y que se retiró protegido por un violento fuego del 20,3, que dejó totalmente destruidas nuestras trincheras y nidos de ametralladoras.

En octubre de 1943 me llegó el turno de relevo, y así de lo que ocurrió después sólo puedo hablar de oídas.

Todo el mundo sabe como antes de finalizar el año se retiró del frente a la División, quedando sólo la llamada Legión de Voluntarios Españoles, con los efectivos de un regimiento, y pocos meses después también la Legión fué repatriada. Pero muchos españoles quedaron allá como voluntarios en los S. S. Lo que tal vez ignoran muchos es que un puñado de estos españoles se encontraba aún con el último núcleo de defensores de Berlin en el edificio de la Cancillería, cuando los rusos lanzaron su último y decisivo ataque a aquella última posición. En lugar de hacer un comentario grandilocuente me limitaré a decir que muchas veces he llegado a sentir envidia de aquellos hombres.

Como datos finales señalaré algunas cifras: En total pasaron por la División cerca de 40.000 hombres (incluidos todos los servicios). El número de muertos en campaña puede cifrarse entre cinco y seis mil y el de heridos en unos trece a quince mil. No existen datos precisos sobre cifras de prisioneros. Indudablemente, no pudieron ser muchos. Pero no es menos indudable que los hubo. De algunos ha habido noticias. Cuando cierres este folleto, lector hermano, piensa un momento en ellos. ¿En Siberia, tal vez? ¿En Laponia? ¡Quién sabe! Allá están y lo más seguro es que allá queden para siempre. ¿Será pedirte mucho si te pido un poco de amistad para ellos y para todos los que pudimos ir a parar donde hoy están ellos?



Residencia
de los estudiantes

ÍNDICE

	PÁGINAS
Entre "calé" y "calé"...	3
Rapto	6
Antropofagia	8
Uno del tercio viejo	11
Medicina de circunstancias	12
Penetración filológica	16
Escaramuza	19
Congreso Eucarístico en la avanzadilla	24
Final	27

TITULOS PUBLICADOS

- N.º 1.—Vista, Suerte y al Toro.
N.º 2.—Fiestas y ferias de España.
N.º 3.—Artesanía.
N.º 4.—Los territorios españoles del Golfo de Guinea.
N.º 5.—El Crucero «Baleares».
N.º 6.—Falla, Granados y Albéniz.
N.º 7.—Conquista por el terror.
N.º 8.—España en los Altares.
N.º 9.—La Gesta del Alto de los Leones.
N.º 10.—Excombatientes.
N.º 11.—La Batalla de Teruel.
N.º 12.—Vida y obra de Menéndez Pelayo.
N.º 13.—Residencias de Verano.
N.º 14.—Españoles esclavos en Rusia.
N.º 15.—La Batalla del Ebro.
N.º 16.—Clima, Suelo y Agricultura.
N.º 17.—Eliminados.
N.º 18.—La Batalla de Brunete.
N.º 19.—La industrialización de España.
N.º 20.—La casa tradicional en España.
N.º 21.—General Yagüe.
N.º 22.—Museos.
N.º 23.—Oviedo, Ciudad Laureada.
N.º 24.—Frentes del Sur.
N.º 25.—División Azul.